

LA GRATITUD DEL ECUADOR

AL

LIBERTADOR SIMON BOLIVAR

ESTUDIO HISTORICO

POR

Carlos A. Vivanco

TOMADO DEL BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA,
VOL. XI, NUMS. 30-32

QUITO — ECUADOR

ESCUELA TIPOGRAFICA SALESIANA

1931

ARIIDADES

LA GRATITUD DEL ECUADOR

AL

LIBERTADOR SIMON BOLIVAR

ESTUDIO HISTORICO

POR

CARLOS A. VIVANCO

Tulcán, ciudad privilegiada porque fuiste la primera del Ecuador en recibir, en tu suelo, al Héroe Epónimo Libertador Simón Bolívar.

Ibarra, ciudad dichosa que presenciaste una brillante acción de armas, y que valoraste en toda su amplitud las singulares dotes militares del sublime Héroe, que una vez más se cubrió de gloria en un triunfo espléndido.

Quito, ciudad que con orgullo conservas el blasón de precedencia por haber iniciado el primer grito de Independencia Americana: sublime y desinteresada al abdicar el rango de capital de la Real Audiencia de Quito para incorporarte a Colombia en amor al Gran Libertador, quien siempre te distinguió y reconoció tus eminentes sacrificios.

Latacunga, ciudad laboriosa que de tu seno salieron innumerables quintales de municiones y pólvora para proveer los arsenales de guerra del Perú, y coadyuvaste de esta manera a las estupendas acciones de armas del Gran Bolívar.

Ambato, ciudad patriota cuyos habitantes trabajaron monturas, zapatos, lanzas para aquellos intrépidos centauros de Junín y Ayacucho, guiados con verdadera táctica por los valerosos Generales Bolívar y Sucre.

Riobamba, ciudad esplendorosa, vigilada por el Rey de los Andes cuyas cumbres hollaron las plantas del fogoso Literato Americano Simón Bolívar, y que escuchaste reverente aquel célebre « Delirio en el Chimborazo ».

Guaranda, ciudad tranquila que en varias ocasiones hospedaste al glorioso Libertador, dándole reposo y delicado abrigo para que con entusiasmo cambiara del clima frío al caluroso del Litoral. Testigo del abrazo fraternal del Héroe con el benemérito General José de La Mar.

Cuenca, ciudad poética que tus hijos cantaron en poemas épicos tu patriotismo sincero y las hazañas gloriosas del Héroe Excelso por excelencia, y que coadyuvaste con tus valerosos hijos a las jornadas de Junín y Ayacucho.

Loja, ciudad imitadora del sincero patriotismo del Libertador y que con ánimo tranquilo y sereno conservas la unión de la Patria siempre amada por el magnánimo Simón Bolívar.

Machala, ciudad agradecida que diste a tu puerto principal el bello nombre de *Bolívar*, ecuaníme estadista americano.

Babahoyo, ciudad vigilante del manso Guayas, que serviste en varias campañas, de Cuartel General de las legiones heroicas al mando de ínclitos Capitanes americanos.

Portoviejo, ciudad hospitalaria que ayudaste con cariño a las tropas colombianas en su viaje a la campaña libertadora del Ecuador, en la cual se llenó de laureles el magnánimo Sucre.

Esmeraldas, ciudad preferida del clarividente Simón Bolívar, quien deseaba que tu fueras el primer puerto del Ecuador dada tu cercanía al Istmo de Panamá, y que fuiste agraciada y beneficiada con un decreto especial para abrir un camino del interior de la República a tu capital.

Guayaquil, ciudad fragua de Vulcano por tu patriotismo, testigo del célebre abrazo fraternal de los egregios Capitanes del Continente Americano, Simón Bolívar y José de San Martín; dichosa por mil títulos por tu contribución a las campañas heroicas del Perú, desinteresada en ceder tu rango de Estado Independiente, únicamente por tu amor al eximio Libertador.

Todas vosotras en amor no desmentido rendisteis constantemente homenaje de gratitud al Héroe de los héroes. Cual más cual menos contribuísteis con tus hijos, con vuestros recursos, con vuestras industrias incipientes, y aun con vuestras mujeres laboriosas, a sostener y mantener los ejércitos que actuaban con éxito en el Perú para redimir a vuestros hermanos del Sur.

Vuestro patriotismo constante os hizo permanecer siempre fieles a la causa americana y jamás salió de vuestros labios protesta alguna, a pesar de los grandes sacrificios que hicisteis hasta quedar reducidas a la verdadera miseria, a causa de las reiteradas contribuciones de guerra que se os imponían en fuerza de las circunstancias.

En toda época, vuestras ilustres Municipalidades dictaron sendas ordenanzas en homenaje y gratitud al Gran Simón Bolívar, y nunca

escatimaron gasto alguno para recibirle con el honor y decencia que lo merecía. Y muerto este eminente Guerrero, vestistéis de duelo riguroso por varios días y llorastéis aquella pérdida prematura e irreparable, y guardastéis en vuestros corazones aquella esbelta figura para rendirle, en toda época, vuestro sincero homenaje de dolor, de amor y respeto.

Benditas y alabadas sean estas provincias que forman la patriótica República del Ecuador, por su decidido amor al ilustre Libertador Simón Bolívar, y que aquellos nombres conserve la Historia serena e imparcial grabados en letras de oro, en testimonio de su homenaje sincero y grato que siempre guardaron hacia aquel Héroe Epónimo, como constancia de sus sacrificios desinteresados en aras de la Independencia Americana.

* * *

Obtenida la espléndida victoria de Carabobo y dejando ya libre a Venezuela, recorrió el ilustre Libertador Simón Bolívar, con actividad militar maravillosa y fulminante, el territorio de la Nueva Granada. Y para 1822, Bolívar había pronunciado ya las más bellas palabras que han salido de labios humanos, ya había escrito páginas inmortales, ya había sido agitador, tribuno, diplomático, caudillo, libertador, fundador de naciones, legislador, estadista. Ya el mundo entero tenía los ojos clavados en él. Ya se le comprendía, «la cabeza de los milagros, la lengua de las maravillas». Ya era Simón Bolívar, al que la historia ha saludado como a uno de los más bellos espécimens de humanidad. Era el ídolo de innumerables pueblos, había dado ya independencia a muchos millones de habitantes de un vasto y rico territorio. Su nombre y sus hazañas habían traspasado los océanos, y en las Cortes de la vieja Europa, se comentaba vivamente y con entusiasmo su actuación política y militar. España, nuestra Madre querida, veía en él a su rival temible, y temía con fundamento la pérdida de sus Colonias, a pesar de que, en el Perú la dirección de la guerra, se hallaba en manos de expertos y valerosos militares españoles, pero la audacia del Héroe, la rapidez en el movimiento de sus legiones, probaban que el genio de la guerra le acompañaba en todo momento, y cada paso que efectuaba traía para sí nuevas coronas de laureles.

La batalla de Bomboná librada el 7 de Abril de 1822 para conquistar la irreductible Pasto, no tuvo mayores consecuencias políticas, porque si bien es verdad, que el Libertador triunfó en aquella épica jornada derrotando al ejército realista del Coronel español don Basilio García, también es cierto, que se vió obligado a abandonar el campo de acción y retirarse a varias jornadas del Juanambú. Aquella batalla fué reñida y formidable, en la que el fanatismo y la naturaleza fueron enemigos de peso. El clero influyente en las

poblaciones del territorio de los Pastos, había excitado el entusiasmo de sus habitantes contra los que él llamaba insurgentes, haciéndoles creer que la causa del Rey era la causa de Dios y que la muerte de los patriotas era un triunfo divino y de justicia. Bomboná era el corazón de los Andes, y en este lugar toda empresa dificultaba a las armas libertadoras. En efecto, el río Juanambú caudaloso y rápido, que corre a unirse con el río Guáitara, y ambos se deslizan por un cauce profundo, coronado en su mayor parte de riscos y escarpas, forman fuerte barrera que protege a Pasto, y en este lugar se dió la batalla, y Bolívar que siempre se aventuraba con valor salió triunfante.

Mientras tanto, el valeroso General don Antonio José de Sucre recorría en triunfo el callejón interandino del Ecuador, y con éxito satisfactorio obtuvo el singular y heroico triunfo en Pichincha, derrotando al ejército realista comandado por el General español don Melchor Aymerich, el 24 de Mayo de 1822, sellando en consecuencia la independencia del actual territorio de aquella República.

En aquella batalla la carga fué irresistible, temblaba el monte al choque de los enfurecidos lidiadores. Entre el humo de los disparos y el fragor de la contienda, veíase rodar por las grietas y matorrales, hombres y caballos heridos y muertos, en horrorosa confusión. Los gritos, los alaridos, las blasfemias llenaban el espacio al igual que el tronido de la fusilería; las bayonetas chorreaban sangre, y de sangre hasta el pomo estaban bañadas las espadas; ardía la ira en los corazones y los ánimos estaban inflamados de soberbia, de desesperado heroísmo. Al fin, los españoles cedieron el campo, precipitándose abajo, por entre quiebras y riscos, y a las doce del día, en que se ostenta más espléndido el que fué dios de Calicuchima y Quisquis, los soldados de la libertad haciendo, no correr sino rodar a los vencidos y obligándolos a refugiarse en el fortín de Panecillo, dieron el grito de victoria. Los habitantes de la ciudad de Quito contemplaban la batalla desde altos collados, de las torres de las iglesias, de las azoteas, de las galerías, ventanas y techados de las casas, siguiendo anhelosos e impacientes las peripecias de la lucha, palpitando los corazones de esos cuarenta mil habitantes al esfuerzo de las más encontradas emociones: terror, desesperanza, alegría, victoria. Hasta ancianos y adultos de ambos sexos habían subido gozosos las crestas encumbradas, cual llevando un plato de comida o una canasta de biscochos, cual un poco de pólvora, cual una bayoneta, alguna cosa en fin, con que manifestar su gratitud a los soldados de la Patria. Los vivas a la libertad y al vencedor tuvieron aturdida a la ciudad toda la noche del 24 de Mayo.

Como consecuencia de ese triunfo, se firmó una Capitulación muy honrosa para las armas españolas, la ciudad de Quito fué ocupada al día siguiente, por las tropas libertadoras, y se debía también entregar las armas de los realistas que actuaban en Pasto, para lo cual se enviaron emisarios de ambos Jefes contendores. Pero, el Coronel García guardó silencio y procuró obtener mayores ventajas

con el Libertador. Sólo, pues, la victoria obtenida en Pichincha permitió a Bolívar entrar en componendas con García y logró firmar otra Capitulación, mediante la cual quedó Pasto sometida a Colombia, y entonces pudo avanzar rápidamente hacia el territorio del Sur.

El 8 de Junio, a las tres de la tarde, Bolívar entró en Pasto, en medio de aclamaciones populares. El Coronel español García detuvo, por las bridas, al caballo que montaba el Libertador y le dijo: «Tengo el honor de saludar a Vuestra Señoría con la mayor consideración, y en prueba de mi cariño déme Vuestra Señoría los brazos para significar la amistad que nos va a unir.» Los bravos contendores se dieron un estrecho abrazo, y don Basilio rindió sus insignias militares con estas palabras: «Excmo. Señor, esta espada y bastón que el Rey me había confiado para la defensa de sus derechos los rindo gustoso a Vuestra Excelencia en virtud de nuestro convenio y como vencedor.» El Libertador, después de elogiar el noble comportamiento del Coronel García, le ciñó la espada a la cintura diciéndole: «El Gobierno de Colombia no recibe el bastón ni la espada de un General tan valiente como don Basilio García, que se ha conducido tan dignamente con el honor y carácter de un gran militar dotado de virtudes en defender los derechos de su Nación y de su Rey, y no debe rendirlas a nadie; sirviéndole de satisfacción ser el último que lo ha hecho en este gran mundo.» Después, siguió directamente a la iglesia catedral, en donde le esperaban el Obispo y el Clero, fue conducido bajo palio, y se cantó un solemne *Te Deum*. Terminadas las ceremonias se retiró al alojamiento preparado de antemano, en donde lanzó su bella proclama a los Colombianos, avisándoles que la Patria es libre debido a los triunfos obtenidos en Bomboná y en Pichincha.

Su movimiento fué rápido desde Pasto, el 12 de Junio estuvo en Tulcán, luego en Ibarra, después en Otavalo, hasta que el 15 del mismo mes se halló muy tranquilo a inmediaciones de Quito. Triunfal fue su marcha: por doquiera se oían vítores de alegría, los pueblos vestían de gala, arcos engalanados se levantaban en una extensión de varias leguas, era una verdadera alfombra de esmirna las flores regadas en el trayecto, cada pueblo excedía en entusiasmo para manifestar con hechos su respeto al Héroe, las arengas se sucedían unas a otras, y del potentado al humilde ciudadano se disputaban en demostrar su gratitud y su amor al Libertador. Y este Héroe, gallardo y bondadoso, no descansaba en corresponder con orgullo y vivacidad a tantas demostraciones de júbilo; su generosidad política y previsiva dejaba en todas partes alguna muestra práctica, ya sea en organización del gobierno provincial, cantonal o parroquial, como era de su deber, o ya en decretos especiales para elevar a mayor rango administrativo tal o cual población, o ya en obras públicas, o en mejorar la policía de las comarcas por donde cruzaba, todo en bien de sus pobladores.

En un momento de entusiasmo que he tenido, al trazar estas líneas, recordando las proezas del Héroe Epónimo y su marcha

triumfal en el Ecuador, me parece que aquellas moles de piedra y granito cubiertas de nieve perpetua y que forman las bellas cordilleras de los Andes, deben haberse conmovido ante la presencia de Bolívar, y como tomando vida, dijeron algo en su homenaje; porque supongo, que es imposible que se hayan mostrado indiferentes ante quien se hallaba a mayor altura que ellos, ante quien poseía un genio sobrenatural, ante quien era el rayo y trueno de la guerra. Tomarían, pues, un aliento invicible de poder humano y creo oír que aquellas montañas y volcanes hablaron, y ver que se inclinaron ante el Hombre privilegiado por la naturaleza. Qué dirían? Hablarían temblorosos ante su presencia magestuosa? Se conmovieron de alegría y de gozo al conocer aquella hermosa e imponente figura extraordinaria? Sí, me parece oírles que cada cual a su paso y turno le decían:

Volcán Chiles: Venid sublime hijo de Júpiter a esta tierra privilegiada en donde gozaréis del amor y cariño sincero y perpetuo de estos patriotas habitantes, y en su nombre os tributo homenaje de admiración y gratitud.

Montaña Imbabura: Bienvenido, ilustre guerrero. En mi suelo te espera nueva corona de laureles para tu frente privilegiada y para tu bien pensadora cabeza, llena de ideales políticos sublimes y nobles.

Cerro Cayambe: Mi felicitación muy grata y sincera por tu brillante actuación política y por tus hazañas heroicas en legendarios campos de batalla; creaste una Nación grande y vigorosa, y por lo cual serás bendecido y alabado de generación en generación.

Volcán Pichincha: Me inclino reverente ante el Benemérito Estadista. Se cumplieron mis deseos de dar libertad a mis queridos descendientes de los valerosos Schyris. Cuantas veces lo intenté hacerlo, arrojando fuego y lava de mis entrañas para destruir a los opresores, pero no lo obtuve! Tú, más privilegiado, lo has conseguido en poco tiempo, mientras que yo he luchado duramente centenares de años. Te admiro y te venero, y te suplico continúes en tu obra bienhechora, porque la estrella de la felicidad y el ángel de la victoria te guiarán con éxito admirable.

Volcán Cotopáxi: Feliz me siento al conocerte. Tú me has excedido en convulcionar la tierra; eres un sér verdaderamente guerrero. Yo trueno, rujo, explosiono y apenas logro sembrar el miedo entre los habitantes de pequeñas comarcas, mientras que tú has logrado sembrar el pánico y ahuyentar a los enemigos de nuestros hijos en vasto territorio. Tus legiones heroicas se han paseado en triunfo del un Océano al ótro, vomitando, de sus armas, un fuego aterrador. Loor, ilustre hijo de Marte, y bienvenido seas a esta mi tierra privilegiada.

Volcán Tungurahua: Con satisfacción me he impuesto de tus hazañas singulares y ansiaba el conocerte; más hoy que la suerte me depara esta gracia, me inclino reverente ante tu hermosa figura, tributándote mis mejores homenajes de admiración y gratitud por

haber dado libertad, paz y sosiego a estos mis hijos muy queridos. Ya podrán tranquilos dedicarse a sus faenas agrícolas y brindarte los mejores frutos, ya podrán ayudarte con fervor patriótico a tus nuevas empresas y luchas guerreras.

Volcán Chimborazo: Tus proclamas llenas de fuego, tus discursos patrióticos, tus arengas batalladoras han sido escuchadas por mí con el deseo vehemente de oír tu mágica palabra. Ven coloso gigante, hombre extraordinario, dame la dicha de recibirte en mi cumbre. Bien sabes que ilustres prohombres de ciencia me han visitado, y tú mayor que ellos no sería justo que dejes de ascender a mi cima cubierta de nieve como blanca y pura es tu noble raza, limpia como lirio es tu alma generosa. En mi cima te inspirarás y escribirás el sublime « Delirio en el Chimborazo », hermosa y clarividente pieza literaria, que honrara al máximo Cervantes. Justo es que tú, como Libertador de un mundo, seas más colosal que yo que soy Rey de los Andes, y que también tus plantas benditas hollen mi Reino y lo subyugues. Quiero mostrar tu egregia figura al mundo entero y desde mi cima lanzarte como un rayo al Potosí, en donde te esperan coronas de laureles para cubrir tus ensortijados cabellos y tu bien pensadora y amplia frente.

Cerro Azuay: Mis hielos en ésta época son mortales y desde ahora te anticipo que en tu gira triunfal no pases por mis faldas: esto te manifiesto en vista del inmenso cariño que te profeso. Pero visita mi ciudad que es poética como poetas son sus habitantes, aquí encontrarás hijos míos que canten tus hazañas singulares en épicos poemas. Estos mis cañaris han luchado con ahinco por su libertad, pero a pesar de sus esfuerzos supremos, no la han conseguido, más tú, como Padre amoroso, les has dado independencia. Por ello te venero y cuido de tu persona para no hacerte ningún daño. Mis azuayos ilustres por excelencia serán buenos colaboradores de tu magna empresa: ya verás cómo vuelan a los campos de batalla, ya tendrás recursos necesarios de toda clase para tus legiones, ya palparás que son obedientes a tus órdenes, y cuando tú mueras, observarás desde la eternidad que te amarán perpetuamente por todos los siglos. En nombre, pues, de ellos te saludo efusivamente y te rindo mis mejores tributos de admiración, gratitud y respeto.

Era en la mañana del 16 de Junio de 1822, veintitrés días después de la famosa batalla de Pichincha, que ya dejamos anotada, que se observó gran animación en las calles y alrededores de la muy noble, legendaria, heroica y patriota ciudad de San Francisco de Quito. En aquel día iba a hacer su entrada triunfal en ella el Libertador Simón Bolívar, esperado con impaciencia por los ya independientes quiteños. La ciudad vestía de gala: arcos, doseles, festones, trofeos, cuanto el entusiasmo y la alegría de un pueblo agradecido habían inspirado al capricho de los ciudadanos y de las corporaciones, se ostentaban en el trayecto que debía recorrer el Triunfador en cien combates. A su aproximación, salieron a recibirle los prin-

cipales caballeros, y en las afueras, bajo una lujosa tienda de campaña, se le sirvió un espléndido refresco. La animación se notaba en todos los rostros, el patriotismo latía en todos los corazones, y de todos los labios brotaban los gritos de Viva la República! Viva el Libertador!

Al fin apareció Bolívar, «No tenemos frases — dice un escritor colombiano —, para expresar con entera precisión las escenas de entusiasmo, cariño y gratitud de toda la población al ver la apuesta figura de Bolívar sobre el hermoso corcel que dominaba como consumado jinete, en el vigor de la vida, vestido con el sencillo elegante uniforme de Capitán General, contestando los innumerables saludos y vítores de la multitud embriagada de felicidad, llevando en la mano el sombrero elástico que dejaba al descubierto la cabeza del Héroe, adornada de cabellos castaños sedosos y ondulados, lanzando a las preciosas quiteñas miradas de águilas, con dos ojos negros, centelleantes, cuya expresión era imposible afrontar, dejando entrever la sonrisa que le asomaba a los labios velados por un bigote fino y recibiendo la multitud de coronas que le arrojaban de los balcones.»

El Ejército de rigurosa parada comandado por el Benemérito General don Antonio José de Sucre le hizo los honores de ordenanza correspondientes a su elevada jerarquía militar. Al llegar al ejido de la ciudad, el General Sucre mandó plegar en masa a las unidades militares, y Bolívar les arengó con aquella elocuencia y laconismo que le eran tan naturales: empezó saludando a los vencedores en Pichincha, y después de hacer elogio de su bizarro comportamiento, concluyó con estas palabras: «Los Ecuatorianos no podrán olvidar jamás que en esa cumbre — señalando con el dedo el Pichincha —, inmortal testigo de vuestro valor, tres mil bravos del Perú y Colombia destrozaron para siempre las cadenas que los oprimían, reconquistándoles su Patria y restituyéndoles el goce de la libertad, perdida hacia tres siglos. Viva Colombia! Viva la Libertad!

Desembocaba a la plaza principal la lucida cabalgata, cuando el Héroe sintió caer sobre su cabeza una grande y magnífica corona de laurel y olivo adornada con cintas de colores; levantó la mirada al balcón desde el cual se la había arrogado, y vió una hermosa dama que, con el fulgor de sus ojos negros, hizo bajar los suyos, acostumbrados a mirar de frente el peligro, la muerte y la gloria.

A las puertas del Cabildo habían levantado un lucido tabladillo; frente a él echó pie a tierra el Libertador, y allí doce bellísimas niñas, vestidas de blanco, coronadas de rosas, radiantes de inocencia y gentileza, depositaron en su frente una corona de laurel, dirigiéndole una de ellas un caluroso y patriótico discurso de bienvenida. Bolívar muy conmovido subió allí y contestó a los innumerables saludos y vítores de la multitud, luego tomó entre sus manos aquella corona y la colocó en las cabezas de algunos Jefes de su ejército, principalmente en la del valeroso General José María Córdova. Las mismas niñas le llevaron a la iglesia Catedral, en donde cantaron un

solemne *Te Deum* en acción de gracias al Todopoderoso por su feliz arribo a la capital y por los dones sublimes de la Libertad. Después le condujeron al Palacio de Gobierno, en donde le habían preparado su alojamiento.

En la noche del 17, lo más notable de la sociedad le ofreció un suntuoso baile, en el cual le fueron presentadas las principales familias del lugar. «La señora doña Manuela Sáenz de Thorme» — dijo don Juan Larrea al presentar una dama al Libertador. Este reconoció en la presentada a la hermosa mujer de los ojos negros que le había arrojado la corona con cintas tricolores desde el balcón de una de las casas de la plaza. Manuelita Sáenz, de una de las buenas familias de la capital, esposa de un médico inglés llamado Jaime Thorme, aunque educada en un convento, era mujer de grande ánimo y de varonil resolución. Los sucesos posteriores de su vida acreditaron su valor y serenidad en los peligros. Una viva simpatía unió estas dos almas fuertes, y a poco, abandonando hogar y familia, ésta señora se unió a Bolívar y se dió a seguir los pasos del Grande Hombre, compañera de sus días de gloria y de sus días de desaliento. La Providencia le tenía reservado un papel en la historia, y un momento de heroísmo debía lavar los extravíos de su juventud. Pasaron los años y esta señora llegó a ser *La Libertadora* del Libertador en la noche trágica del 25 de Setiembre de 1828.

Cuando Su Excelencia el Libertador arribó a Quito, los habitantes de la capital ya habían efectuado la incorporación de su territorio a la Gran Colombia mediante una acta que la suscribieron. En efecto, el 29 de Mayo de 1822, reunidos en Cabildo abierto la ilustre Municipalidad, el Venerable Dean y Cabildo, los Prelados de las comunidades religiosas, los curas de las parroquias urbanas, las principales personas del comercio y de la agricultura, los padres de familia y notables del lugar levantaron una acta incorporando las Provincias que componían el antiguo Reino de Quito a Colombia; concediendo una Medalla a la División militar libertadora, que deben llevarla pendiente al pecho de una cinta azul celeste, cuya medalla era: un sol naciendo sobre las montañas del Ecuador, y unidos sus rayos por una corona de laurel, entre la montaña la inscripción *Colombia*, en letras de oro, y al rededor del sol, *Libertador de Quito*, en esmalte azul; en el reverso, *Vencedor en Pichincha 24 de Mayo 12°*, y el nombre del agraciado. Mandó que se erigiera un monumento en Pichincha, en cuyo Pedestal se deben gravar los nombres de los Jefes y Oficiales de dicha División con las inscripciones siguientes: *Los hijos del Ecuador, a Simón Bolívar, el Angel de la Paz y de la Libertad Colombiana. A Dios Glorificador. Mi valor y mi sangre terminó la guerra de Colombia y dió Libertad a Quito. Quito libre el 22 de Mayo de 1822 - 12°*. Estableciendo una función religiosa para cada aniversario de aquella sublime victoria bajo la advocación de la Virgen de Mercedes. Ordenaron que, el 13 de junio venidero, se publique la Constitución de Colombia y se la preste el juramento debido. Mandaron se coloquen, en la Sala Capitular, los bustos del

Libertador y del General Sucre. Y por último, determinaron los regocijos públicos que se debían efectuar durante tres días consecutivos.

Por su parte, el Libertador expidió un Decreto otorgando honores a la División Peruana auxiliar del Ejército comandado por el General Sucre, en el que consta lo siguiente: Que la División Peruana sea Benemérita de Colombia en grado eminente; que el Coronel don Andrés de Santa Cruz, su Jefe, goce del grado de General de Brigada en esa República; que la División lleve una medalla con la inscripción, *Libertador de Quito en Pichincha*, y por el reverso, *Gratitud de Colombia a la División del Perú*; y que el Primer Escuadrón de *Granaderos Montados* del Perú lleve el sobrenombre de *Granaderos de Riobamba* en recuerdo del triunfo obtenido el 21 de Abril de 1822, en el llano de Tapi, antes de la batalla en Pichincha, en donde los escuadrones republicanos derrotaron a los realistas. Y, como era de su deber, dirigió un hermoso oficio a la Municipalidad de Quito agradeciendo los honores y atenciones que se le había dispensado, en su arribo a la Capital de los Schyris.

El 20 de Junio, Bolívar, al recibir la mencionada acta de incorporación, ofició al Cabildo en estos términos: «El gozo de Colombia ha llegado a su colmo al recibir en su seno al pueblo que primero levantó el estandarte de la Libertad y de la Ley contra la usurpación extranjera. El acto augusto que tan espontáneamente hacen los representantes del pueblo de Quito, de reconocimiento, de adhesión y de amor a la República de Colombia, es para este pueblo un principio eterno de bien, y para Colombia un eterno motivo de gratitud hacia los primeros ciudadanos de la Capital del Sur.»

La Municipalidad de Quito contestó el anterior oficio, el 21 de Junio, haciendo una breve reseña de la conducta política que había observado esta capital durante el tiempo de la revolución emancipadora, y terminó diciendo: «El Cielo ha sido propicio a la mutua y recíproca correspondencia de sus sacrificios y deseos, apoyados en las no difíciles previsiones que ofrece la contemplación de su suerte futura, y la felicidad de su destino. Llegó pues el venturoso día, en que los hijos de Quito habían de dar sus brazos y ósculos de amor, a los valientes y generosos hermanos formados por V. E. para ser el terror del despotismo y la misma beneficencia en obsequio de la humanidad, diciéndoles con el lenguaje propio de su sinceridad «somos unos con vosotros, y debemos formar esa fuerza colosal que es indispensable a los Estados continentales de más íntimas relaciones, para afianzar la paz interior y para mostrarse incontrastables a los enemigos de fuera.» Este es el acto que V. E. firma y ratifica: decisión que hará época en la historia de nuestra feliz revolución. Venezuela, Bogotá y más provincias constituyentes son la misma Quito, y Quito es nada menos que las gloriosas regiones de Bogotá, Venezuela e intermedias. De su común seno nació el Héroe de este Siglo, el inmortal Primer Presidente Libertador de la República Colombiana, a cuya voz desaparecieron aún las sombras de los males que causó la usurpación a los moradores del

Sur: hallándose bajo tan grande honor inteligenciada esta Municipalidad de la necesidad de reiterar sus sentimientos con el concurso de los Representantes que se exijan por el Supremo Congreso depositario de la soberanía, e instruida de las dispensaciones que V. E. la comunica haber resuelto a favor de las demostraciones que propuso su gratitud respecto de los Libertadores.»

La Legislatura de la Gran Colombia reunida en 1824 expidió una Ley acogiendo con entusiasmo el acta del 29 de Mayo de 1822 suscrita por los habitantes de Quito, agradeció debidamente tan espontánea manifestación política, y con un oficio del Ministro del Interior, lleno de encomios para los quiteños, remitió aquella pieza oficial al Gobierno del Ecuador. El Intendente del Departamento dictó un bando ordenando se hagan ciertos regocijos públicos como demostración del júbilo con el cual había sido recibida la citada Ley. He aquí el bando:

«JOSÉ FÉLIX VALDIVIESO, MINISTRO DE LA CORTE SUPERIOR DE JUSTICIA, INTENDENTE INTERINO DEL DEPARTAMENTO etc. — La Intendencia ha recibido con el mayor placer y satisfacción una comunicación del Supremo Gobierno de la República acompañándole la Ley expedida por el Soberano Congreso, en que se aprueba la acta celebrada en 29 de Mayo de 1822 por la Ilustre Municipalidad, corporaciones y personas notables de esta Capital concediendo honores y condecoraciones a los Ilustres Libertadores del Sur. El tenor de tan apreciables documentos es como sigue: Aquí el oficio y la Ley. — Tan estimable testimonio de consideración y aprecio dispensado por el augusto Congreso de la Nación a los beneméritos habitantes de Quito, merece sin duda corresponderse por estos con las más señaladas demostraciones de júbilo y alegría. Por tanto decreto:—1º. La noche del día 22, y la del 23 inmediatos, habrá una iluminación general en toda la Ciudad. — 2º. Se celebrará en la Iglesia Catedral una Misa solemne en acción de gracias el día 23 con asistencia de todas las Corporaciones. — 3º. Los dichos días 22 y 23 podrá el pueblo de esta Capital entregarse a todas las diversiones permitidas y decentes de que quiera disfrutar en testimonio de su regocijo. — Publíquese por bando, fíjese y circúlese. Dado en Quito a 19 de Agosto de 1824 - 14º. — (f.) J. F. VALDIVIESO. — (f.) M. ESPINOSA, Secretario. — Doy fé: Que en consecuencia de lo prevenido por el auto que precede, lo publiqué, por mi mismo, en las calles públicas, y acostumbradas de esta benemérita Capital, acompañado y escoltado de todo el tren y lucimiento de las tropas que la guarnecen. Y para que conste lo pongo por diligencia. En Quito a diez y nueve de Agosto de mil ochocientos veinte y cuatro. Décimo cuarto. — (f.) JOSÉ MONTANERO, Escribano Público Interino de Colombia.»

Bolívar quedó completamente enamorado del vasto territorio que había recorrido, mucho se admiró al ver aquellos hermosos panoramas, que presentan la verdura de los campos de esta privilegiada tierra extendiéndose sin fin, cruzados de arroyos espumosos, de ríos caudalosos como de plata, sembrados de granjas y atalayados por

colinas de gracia escultural; en el confín lejano, las blancas cimas de los gigantes de la Cordillera andina, y cubriéndolo todo, un cielo encendido en matices rojos, por el cual asciende lentamente con pompa y majestad imponderables el sol ecuatorial. Y su primera impresión la consignó en carta dirigida a los Hermanos Toro, el 21 de Junio: « Este hermoso país, tan colombiano y tan patriota, que ninguno le excede en estos sentimientos, es bien fértil, poblado, y ofrece las más bellas esperanzas; formará el más grande Departamento de Colombia, y el General Sucre, su libertador, lo mandará con el mayor aplauso de sus pueblos. Ya en Colombia no hay españoles, y ya he cumplido, por consiguiente, más allá de mis esperanzas, la obra inestimable de la paz.»

En la misma fecha, en carta dirigida al General Juan de Escazona, amplió aquellos conceptos muy honrosos para Quito, y se complació en expresarlos con sinceridad y precisión, porque su gozo por la libertad de estos pueblos, tenía enajenada a su alma generosa; en efecto, decía: « Ya estamos en Quito, libre y colombiano. Todo está por nosotros en este vasto país, sin que nos falte más que Guayaquil, para donde parto a llevar la Ley de Colombia; se asegura que no costará mucha pena. El General Sucre se ha llenado de gloria y se ha hecho adorar en estos pueblos; mandará este inmenso Departamento hasta las fronteras del Perú. Tendremos otro Soublette en el Sur, pero con menos ganas de renunciar, sin por eso ser más ambicioso. Este país tiene tres o cuatro cosas muy buenas: ser muy patriota y muy colombiano; ser muy poblado de indios y de blancos; estar muy bien cultivado, y estar tan lejos. Aquí exclamará usted: Ah, quien estuviera por allá! Pienso estarme algún tiempo por este país, para arreglarlo todo con el Perú, con Guayaquil y con Quito mismo; pero no piense usted que me olvido de mi querida Venezuela.»

Y, en carta al General Francisco de Paula Santander, Encargado del Poder Ejecutivo de Colombia, en la misma fecha, le dice: « Ya usted sabe lo que es una Capital recién tomada, a la cual se debe dar leyes de Colombia y que tiene mucha gente, muchos patriotas y lo más que es consiguiente. No me faltan ratos para escribir pero me sobran meditaciones sobre lo que debo hacer con un grande y bello país para conservarlo en su adhesión a nosotros, para ganar a Guayaquil, para conservar la armonía con el Perú y para no chocar con la División del General Santa Cruz. Este país me ha parecido hermoso en la agricultura de mieses, y en su numerosa población; la gente me parece muy buena, aunque algunos dicen que no es, repito que me parece a primera vista porque es la única que he podido dar. Son todos, todos patriotas y amigos de Colombia; no estoy muy cierto de que Cuenca y Loja, tengan absolutamente tan favorables sentimientos. El General Sucre, General de División mandará este Departamento, porque está lleno de popularidad, es libertador, y creo que no hay cualidad que no tenga para servir bien a la República y mandar los pueblos con agrado.»

Tanto lo dicho por el Libertador como lo que acabo de relatar, comprueban fielmente la carta dirigida por el Comandante Vicente González al General Santander, fechada en Quito el 16 de Junio de 1822, que dice: «Desde Túquerres, que es el primero de los Pastos, no se encuentran sino campos hermosos, en donde la naturaleza prodigó sus obras, y en donde la mano del hombre ha embellecido el suelo como ninguno en Colombia. Habitadores muy amables, muy patriotas, muy hospitalarios solamente se encuentran hasta aquí. El Libertador ha venido encantado por todo eso, y en todas partes le han recibido con tanto entusiasmo y demostraciones tan grandes de júbilo y de amor hacia él, que se enternece el más duro corazón al presenciarlo. No sólo la gente visible de los pueblos, el más miserable labrador, el indio más estúpido y más incapaz de razón ha salido a su encuentro, o a coronarlo, o a regarle rosas, y desde Pasto hasta Quito no ha cesado el aire de llevar a todas partes los vivas y los clamores de contento. Yo no podré jamás ponderarle a usted con propiedad lo que he visto que han hecho por él. Ayer entramos aquí, desde dos leguas antes empezó a recibir comunidades y autoridades públicas; el que menos le decía segundo Moisés, y no hubo uno que no vertiese sus lágrimas al oír su contestación. Ultimamente después que la multitud embarazaba la entrada, tanto que era necesario hacer alto para que se despejase, llegó S. E. a la plaza principal acompañado de cerca de 300 Jefes y Oficiales y como 600 o 700 jinetes del pueblo. . . . Las gentes son muy amables, extremadamente serviciales y patriotas eminentes; no tiene el comercio que hallar con la extranjería, pero sus producciones interiores son abundantísimas y las ferias se hacen diariamente.»

Y el Secretario General del Libertador, en oficio del 20 de Junio, decía al Ministro de Guerra de Colombia: «El heroico e inmenso pueblo de Quito ha manifestado sentimientos tales, que yo no puedo expresar a U. S., pues no es posible describir el transporte o, más bien, el delirio de un pueblo embriagado con el gozo de poseer a su Libertador. Sólo diré a U. S. que todas las clases, todos los sexos y todas las edades, se manifestaban animados de un mismo sentimiento y que se disputaban a porfía la emisión del regocijo de que estaban llenos sus corazones.»

En efecto, el Libertador nombró al General Sucre para Intendente del Departamento de Quito, recientemente incorporado a Colombia, designación acertadísima, porque el Vencedor en Pichincha unía a las dotes de un ilustre guerrero, las de un excelente administrador de los negocios públicos, poseía un corazón magnánimo y generoso, era desinteresado, y toda cualidad adornaba a su noble persona, que descendía de una estirpe de sangre limpia y antiquísima.

* * *

Una vez que dictó las primeras disposiciones de buen gobierno, decretó ciertas necesidades públicas en beneficio de los quiteños, aumentó las arcas fiscales mediante equitativos impuestos, abolió otros para disminuir el gravámen tributario implantado por los españoles; Bolívar, caudillo americano, hombre clarividente, diplomático sagaz, se movilizó rápidamente con dirección a Guayaquil antes que su ilustre rival el General José de San Martín, Protector del Perú, que pretendía anexar esa Provincia a su Nación, le ganara la partida. Acantonó a sus batallones en las diversas ciudades del tránsito desde Quito a Babahoyo, y con su acostumbrada agilidad y con su mirada penetrante de águila, salió de esta capital el 28 de Junio acompañado de su Estado Mayor General. El 29, estuvo en Latacunga; el 30 permaneció en Ambato; el 1.º de Julio llegó a Riobamba; el 2, en Guaranda, se entrevistó por primera vez con el distinguido Mariscal Don José de La Mar, que había venido a encontrarlo y felicitarlo a nombre de la Junta de Gobierno de Guayaquil. El Teniente Coronel don Vicente González, después General del Ecuador, escribió el 1.º de Julio desde Riobamba al General Santander, diciéndole: « Muchos deseos tengo de ver a usted y contarle ochenta mil cosas de todo este mundo, que es bien distinto del nuestro y yo no lo cambiaría ni con gavela, aunque es bello, bellísimo. Todo esto desde Ibarra es una batería de inmensos volcanes que, como usted sabe, otra vez han pulverizado todo el país, y hoy cabalmente estoy debajo del Chimborazo temiendo cuando dé un suspiro y nos vuelva cenizas a todos. El Señor de Monserrate ha de permitir que no nos suceda nada, y que podamos volver ilesos a la bella Bogotá.» — El 8 de Julio llegó a la ciudad de Babahoyo; el 10 se embarcó en una flechera y pernoctó en el pintoresco pueblo de Samborondón, y el 11, a las cinco de la tarde, desembarcó en Guayaquil.

Con esta movilización continuó su marcha triunfal iniciada en Pasto. El trayecto era largo y penoso por los malos caminos de aquella época. Todos los pueblos patriotas del Callejón Interandino y del Litoral se aprestaron entusiastas a rendir sinceros homenajes de gratitud a su ilustre y benemérito Libertador. Repitiéronse los vítores de júbilo y alegría, las aclamaciones de gratitud en honor del Héroe. Los magestuosos volcanes Cotopáxi, Tungurahua y Chimborazo se inclinaron ante su presencia, tributándole en nombre de sus habitantes, debida reverencia y saludo de bienvenida. Y él, siempre contento con sus triunfos obtenidos, con el sombrero de campaña a la mano, inclinó su cabeza poseedora de tantas bellas ideas, en correspondencia de agradecimiento, y así quedó el Héroe unido al suelo que acababa de darle libertad, y quedó reconocido como Autoridad Suprema.

El 6 de Julio de 1822, subió Bolívar a la cima del Chimborazo y en un arranque de entusiasmo y de delirio, propios de su inteligencia bien cultivada y de su carácter fogoso y franco, dijo:

«Yo venía envuelto con el manto de Iris desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al dios de las aguas. Había visitado las encantadas fuentes amasónicas, y quise subir al atalaya del universo. Busqué las huellas de La Condamine y de Humboldt; seguías audaz, nada me detuvo; llegué a la región glacial; el éter sofocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que puso la mano de la Eternidad sobre las sienas excelsas del dominador de los Andes. Yo me dije: Este manto de Iris que me ha servido de estandarte, ha recorrido en mis manos sobre regiones infernales; ha surcado los ríos y los mares; ha subido sobre los hombros gigantescos de los Andes; la tierra se ha allanado a los pies de Colombia, y el tiempo no ha podido detener la marcha de la libertad. Belona ha sido humillada por el resplandor del Iris, y no podré yo trepar sobre los cabellos canosos del gigante de la tierra? Sí podré. Y arrebatado por la violencia de un espíritu desconocido para mí, que me parecía divino, dejé atrás las huellas de Humboldt, empañando los cristales eternos que circuyen el Chimborazo. Llego como impulsado por el genio que me animaba, y desfallezco al tocar con mi cabeza la copa del firmamento; tenía a mis pies los umbrales del abismo.

«Un delirio febril embarga mi mente, me siento como encendido por un fuego extraño y superior. Era el Dios de Colombia que me poseía. — De repente se me presenta el Tiempo. Bajo el semblante venerable de un viejo, cargaba con los despojos de las edades: ceñido, inclinado, calvo, rizada la tez, una hoz en la mano....

«Yo soy el padre de los siglos: soy el arcano de la fama y del secreto: mi madre fue la eternidad: los límites de mi imperio los señala el infinito: no hay sepulcro para mí, porque soy más poderoso que la muerte: miro lo pasado, miro lo futuro y por mi mano pasa lo presente. Por qué te envaneces, niño o viejo, hombre o héroe? Crees que es algo tu Universo? qué? levantaros sobre un átomo de la creación, es elevaros? Pensáis que los instantes que llamáis siglos pueden servir de medida a mis arcanos? Imagináis que habéis visto la santa verdad? Suponéis locamente que vuestras acciones tienen algún precio a mis ojos? Todo es menos que un punto, a la presencia del infinito que es mi hermano.»

«Sobrecogido de un terror sagrado, cómo oh Tiempo! respondí, no ha de desvanecerse el mísero mortal que ha subido tan alto? He pasado a todos los hombres en fortuna, porque me he elevado sobre la cabeza de todos. Yo domino la tierra con mis plantas: llego al eterno con mis manos: siento las prisiones infernales bullir bajo mis pasos: estoy mirando junto a mí rutilantes astros, los soles infinitos; mido sin asombro el espacio que encierra la materia; y en tu rostro leo la historia de lo pasado y los pensamientos del destino. — Observa, me dijo: aprende, conserva en tu mente lo que has visto, dibuja a

los ojos de tus semejantes el cuadro del Universo físico, del Universo moral: no escondas los secretos que el cielo te ha revelado: dí la verdad a los hombres».... La fantasma desapareció.

« Absorto, yerto, por decirlo así, quedé exánime largo tiempo, tendido sobre aquel inmenso diamante que me servía de lecho. En fin, la tremenda voz de Colombia me gritó: resucito, me incorporo, abro con mis propias manos los pesados párpados: vuelvo a ser hombre, y escribo *mi delirio.*»

Como he dicho, el día jueves 11 de julio de 1822, a las cinco de la tarde, hizo el Libertador su entrada a la ciudad de Guayaquil. « Apenas pudo divisarse la falúa en que venía cuando empezó una salva general. Toda la ciudad se puso en movimiento, y corrió ansiosa al lugar del desembarco. Anhelaban todos conocer a Bolívar. Todos querían ver y, si fuera dable, tocar a aquel hombre extraordinario que tenía la propulsión fecunda y radiante del genio; que obraba sobre las masas con el brillo prodigioso de sus victorias; sobre los jóvenes, por la bizarría y nobleza de su carácter; sobre los pensadores, por la razón; sobre todos, por la deslumbrante investidura del destino. En el puerto se había construído una sencilla portada, desde la cual hasta el arco de triunfo levantado frente al edificio que debía habitar el Libertador, estaba tendida la tropa. Las baterías hicieron los honores de la guerra. Toda la carrera estaba vistosamente colgada. El arco era notable. En su frente tenía esta inscripción: *A Simón Bolívar, Presidente de Colombia, el pueblo de Guayaquil.* En el otro lado se leía: *A Simón Bolívar, al rayo de la guerra, al iris de la paz, el pueblo de Guayaquil.*

« El Libertador llegó cerca de las seis de la tarde a su morada acompañado de la Junta de Gobierno, de todas las corporaciones y los vecinos notables. El Procurador General le dirigió un precioso discurso. Bolívar contestó con desembarazo y elegancia, a ésta y otras arengas con que fue saludado en aquella tarde. Por tres veces repitió: « Las cimas de los montes se han humillado bajo las plantas victoriosas del Ejército Libertador». Y luego, hablando de la esclavitud de trescientos años y del mal que había incrustado en algunos espíritus débiles e ignorantes dijo: « La servidumbre tiene en sí tan prolijo y contagioso influjo, que sepulta el alma en un tenebroso limbo; la degrada, la envilece, y lo que es peor, la transforma, para que ame la abyección y no sepa salir de la indolencia y de la barbarie.»

« El patriota don José Joaquín Olmedo, tan ilustrado, tan rico de imaginación, tan poeta, estaba como absorto, seducido por el atractivo y la animada elocuencia de la improvisación del Libertador.— Al otro día fué éste cumplimentado generalmente, y volvió a recibir los testimonios de respeto y adhesión del pueblo de Guayaquil. La Junta de Gobierno dió un espléndido banquete, para celebrar la feliz llegada del Presidente de Colombia. Bolívar brindó muchas veces « por la libertad de los pueblos y por la estabilidad de los Gobiernos de América, fundada en su mútua, fraternal e indisoluble unión.»

Su alma de fuego se pintaba en cada palabra, con el colorido de la imaginación más viva.» — Siguióse una serie de bailes con que la galante sociedad guayaquileña agasajó al Libertador: «En ellos había la costumbre de prepararle un *dosel*; y era tal su entusiasmo artístico, cuando veía desempeñarse con maestría y donaire en una danza a una beldad guayaquileña, que casi en peso la llevaba a colocar bajo el dosel.»

Aun cuando la opinión política entre los guayaquileños anduvo dividida, debemos afirmar que todas las voluntades se unificaron en un solo entusiasmo para la recepción del Libertador, y los hombres de todos los partidos, los miembros de la Junta de Gobierno y los del Ayuntamiento, se vieron reunidos en ese acto de justicia y de sincera admiración. Guayaquil no podía ser indiferente a las glorias y a los altos merecimientos de Bolívar; aquella ciudad tenía que recibir y festejar dignamente a su ilustre huésped, porque él se lo merecía, y porque así correspondía al decoro de esa misma sociedad. Nadie ignoraba que, con la presencia de Bolívar en Guayaquil, iba a quedar definitivamente resuelto el problema sobre el porvenir político de la Provincia; pero esa cuestión fue postergada por el partidismo, que abrió un paréntesis a sus hechos, en obsequio al Libertador de Colombia.

Gratisísima impresión causó la ciudad a todos los Jefes colombianos, principalmente al Libertador, quien hablando de Guayaquil, le escribía a Santander, en 21 de Agosto de 1822: «El país es agradable, alegre, rico y bueno, no tiene un defecto; para mí, es la mejor Provincia de Colombia comparado todo; Caracas misma tiene más defectos que Guayaquil porque los temblores son allí terribles y la población más terrible aún; aquí las casas son de madera y no se caen y la gente excesivamente buena». — Y el Comandante Vicente González decía al mismo Santander: «Guayaquil es bellísimo, muy bellas también sus damas, muy colombianísimas.»

*
* *

En Quito, maduró Bolívar el plan ideado tiempos atrás y vió que era el momento de ponerlo en práctica: que Guayaquil debía pertenecer a Colombia; que si el ejército libertador pasaba al Perú debía él ir comandándolo; que el sistema republicano debía ser la forma de gobierno en la América. Para lo primero, había escrito ya desde Cali, el 18 de Enero de 1822, a la Junta de Gobierno de Guayaquil: «Ese Gobierno sabe que Colombia no puede ni debe ceder sus legítimos derechos, y ese gobierno sabe, en fin, que en América no hay un poder humano que pueda hacer perder a Colombia un palmo de la integridad de su territorio». Y como hemos visto, se trasladó rápidamente a Guayaquil para asegurar la incorporación a Colombia con su presencia.

Para realizar lo segundo de su bien trazado plan político, escribió al Protector del Perú, desde Quito el 17 de junio, diciéndole: «Tengo la mayor satisfacción en anunciar a V. E. que la guerra de Colombia está terminada, que su ejército está pronto para marchar adonde quiera que sus hermanos lo llamen, y muy particularmente a la Patria de nuestros vecinos del Sur, a quienes por tantos títulos debemos preferir como los primeros amigos y hermanos de armas». — Lo último de su brillante plan se resolvió en las conferencias que tuvo con el General San Martín en Guayaquil,

El 14 de Julio a bordo de la Goleta *Macedonia*, el Protector del Perú salió del Callao con dirección a Guayaquil. Su plan era anexar esta ciudad a aquella República y buscar al Libertador para conferenciar acerca de ciertos puntos de política, que se debía implantar en América. Supo Bolívar el viaje de San Martín y, sin esperar tener información oficial, le escribió el 25 de Julio, diciéndole: «Tan sensible me será que usted no venga hasta esta ciudad, como si fuéramos vencidos en muchas batallas; pero no, usted dejará burlada el ansia que tengo de estrechar, en el suelo de Colombia, al primer amigo de mi corazón y de mi Patria. Cómo es posible que usted venga de tan lejos para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil del hombre singular que todos anhelan conocer, y, si es posible, tratar? No es posible, respetable amigo; yo espero a usted y también iré a encontrarle donde quiera que usted tenga la bondad de esperarme; pero sin desistir de que usted nos honre en esta ciudad. Pocas horas, como usted dice, son bastantes para tratar entre militares, pero no serán bastantes esas mismas pocas horas para satisfacer la pasión de la amistad que va a empezar a disfrutar de la dicha de conocer el objeto caro que se amaba sólo por la opinión, solo por la fama.» — Además, Bolívar insistió al Protector a que viniera a la ciudad, porque tuvo conocimiento que este General, sabiendo que el Libertador estaba ya en el puerto, y viendo frustrados sus planes, trató de regresar al Perú estando ya en aguas ecuatorianas.

«En la mañana del 25 de Julio participó el vigía de la Puná que la goleta *Macedonia* había fondeado allí conduciendo a Su Excelencia el Protector del Perú. En el acto mismo Su Excelencia el Libertador destinó tres de sus edecanes para felicitar a Su Excelencia el Protector, y para que uno de ellos volviese a participarle la hora en que Su Excelencia se acercase a esta ciudad. El 26, Su Excelencia el Libertador fue en persona a recibir a su ilustre huésped fuera del tiro de cañón. La artillería de las fortalezas, y de los buques de guerra nacionales y extranjeros saludaron a Su Excelencia el Protector al aproximarse a la Bahía. El pueblo manifestó un alborozo y un regocijo extraordinarios, colocándose en la carrera que debía seguir Su Excelencia el Protector, ocupando cuantos lugares podían descubrirle, y victoriando incesantemente al Libertador de Chile y el Perú. Seguidamente las corporaciones y los notables felicitaron a Su Excelencia el Protector en su Palacio.

«Las damas de Guayaquil hicieron a Su Excelencia el Protector la más delicada y amable acogida, presentándole una de ellas una corona de laurel y pronunciando al mismo tiempo una arenga tan expresiva como sencilla. Su Excelencia el Protector recibió lleno de modestia el presente que le hacía la bella dama. — El Señor General Salom con el Estado Mayor General, el Coronel Morales con el Estado Mayor Divisionario del Sur presentaron a Su Excelencia el Protector los homenajes de su respeto y de su consideración; y el Síndico Procurador General arengó igualmente a Su Excelencia a nombre de la ciudad. Su Excelencia el Protector contestó a cada uno particularmente, con la nobleza que lo caracteriza y con aquel aire marcial que distingue a los hijos de la victoria y de la fortuna. — Seguidamente Su Excelencia el Protector fue felicitado casi individualmente por todo el pueblo, y en cada una de estas demostraciones de admiración y de respeto que recibía, manifestaba Su Excelencia su bondad y su gratitud. — Sus Excelencias el Protector y el Libertador de Colombia comieron juntos en el Palacio del primero, y en la mesa reinó la alegría, el placer y la amistad.

«Sus Excelencias el Protector y el Libertador han sido inseparables desde el momento en que se vieron; advirtiéndose en ellos el mútuo placer y cordialidad que tan ardientemente los anima. Al día siguiente comió Su Excelencia el Protector con el Libertador y en la mesa hubo brindis los más lisonjeros. *A los héroes de la América: a sus Libertadores: a los bravos que han combatido en millares de combates: por la federación americana del Sur: y por una sola nación americana compuesta de muchas familias.* En fin, en los ojos de estos dos predilectos de la gloria del Nuevo Mundo se leía el inmenso regocijo de que estaban poseídos, al verse tan cordialmente unidos por los lazos más íntimos, y más estrechos como los hermanos más tiernos. Los concurrentes creían asegurada en lo profundo de la eternidad la suerte de dos pueblos pendientes de hombres tan grandes.

«Las conferencias que han tenido Sus Excelencias han sido largas y casi continuas. Los intereses del Perú y de Colombia sentirán las ventajas de una entrevista que se ha deseado tanto tiempo ha, y que el Protector ha proporcionado tan oportunamente; y Guayaquil se considerará el más venturoso de los pueblos de Colombia porque ha tenido en su seno a los primeros bienhechores de la familia americana, y a los dos hombres que partidos de las riberas del Plata y del Orinoco han venido ha entrelazar sus laureles para ponerlos en la mano de la amistad.

«Su Excelencia el Protector partirá, probablemente, mañana de aquí, según se dice con el sentimiento de no poder permanecer más largo tiempo entre nosotros, porque los intereses y la gloria del Perú, lo llaman a grandes gritos. Guayaquil tiene mayor dolor en no haber podido gozar tanto como deseaba de uno de sus más distinguidos bienhechores, y le aflige aún más, haber sido sorprendida de improviso con la llegada inesperada del genio de la libertad del Perú: al cual no ha podido tributarle toda la admiración, todo el

entusiasmo, que le inspira a cuantos saben apreciar las virtudes, el talento y las eminentes cualidades de un grande hombre.»

Las conferencias que sostuvieron los eminentes hombres públicos y Libertadores fueron tres: una en la mañana del 26, después de la recepción oficial de San Martín, duró hora y media; otra, de media hora, en la tarde del propio 26; la tercera, la más importante desde la una hasta las cinco de la tarde, del 27. En ellas se resolvió que la República de Colombia auxiliaría con su ejército al Perú para su completa independencia; que el sistema monárquico no se lo admitirá como forma de gobierno en América sino el republicano. Con respecto a Guayaquil, dice el Secretario General José Gabriel Pérez al Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, en oficio fechado el 29 de Julio: «El Protector dijo espontáneamente a S. E. y sin ser invitado a ello, que nada tenía que decirle sobre los negocios de Guayaquil, en los que no tenía que mezclarse; que la culpa era de los guayaquileños, refiriéndose a los contrarios. S. E. le contestó que se habían llenado perfectamente sus deseos de consultar a estos pueblos; que el 28 del presente se reunirían los electores y que contaba con la voluntad del pueblo y con la pluralidad de los votos de la Asamblea. Con esto cambió de asunto y siguió tratando de negocios militares relativos a la expedición que va a partir.»

El General San Martín salió el 28 de Julio de Guayaquil hacia el Perú. Renunció el Protectorado, se retiró de la política y de la guerra, y poco después se embarcó para Europa; en Boulogne murió el 17 de Agosto de 1850, ya muy anciano. Esta noble conducta del ilustre General ha sido muy aplaudida; sus conciudadanos vieron grandeza de alma en el acto de desprenderse del poder supremo y retirarse a la vida privada. Las primeras impresiones que Bolívar tuvo de aquel benemérito General son las siguientes, que constan en la carta dirigida al General Santander el 29 de Julio: «Su carácter me ha parecido muy militar, y parece activo, pronto y no lerdo. Tiene ideas correctas de las que a usted le gustan, pero no me parece bastante delicado de los géneros sublimes que hay en las ideas y en las empresas. Ultimamente usted conocerá su carácter por la memoria que mando con el Capitán Gómez de nuestras conversaciones, aunque les falta la sal de la crítica que yo debería poner a cada una de sus frases.»

Los guayaquileños estuvieron divididos en tres partidos: unos deseaban la incorporación de la Provincia a Colombia, otros al Perú, y algunos que se declarase el territorio en Estado independiente. Reunida, pues, la Representación provincial, la mayoría de ella había decidido por la agregación a Colombia, e instalado el Colegio Electoral el 28 de Julio, conforme a la convocatoria que hiciera la Junta de Gobierno, los otros dos partidos trabajaron para impedir las sesiones, y fueron suspensos los debates aunque no clausurados. El 31, se instaló nuevamente la Asamblea bajo la Presidencia del Doctor Vicente Espantoso, y resolvieron por mayoría absoluta de votos: «que había sido fijar para siempre los destinos de la Pro-

vincia, conforme al libre y espontáneo voto de los pueblos, que estaban declarados por la incorporación a la República de Colombia. En su virtud, la Asamblea declaró, por aclamación, que desde aquel momento quedaba para siempre restituída a la República de Colombia, dejando a discreción de su Gobierno el arreglo de sus destinos, por el conocimiento íntimo que asiste al Cuerpo Electoral de las benignas intenciones de S. E. para con el pueblo su comitente; que las comisiones establecidas por las actas anteriores, quedaban del mismo modo, a su alta discreción, para que continuasen o suspendiesen el curso de sus cargos.» «En su virtud el señor Presidente recibió el juramento al Cuerpo Representante, con arreglo al título 9 de la Constitución de la República, y el mismo señor Presidente de la Asamblea lo prestó en manos de S. E.

Inmediatamente fue puesta en conocimiento de Bolívar la anterior resolución y que la Asamblea esperaba lo que dispusiera él acerca de la continuación o término de sus labores. La respuesta del Libertador, galana y elevada, contenía estos párrafos notables: «Guayaquil, por este acto inimitable e incondicional, ha contraído para con el Gobierno de Colombia, un derecho eterno de protección y de gratitud. Pida Guayaquil cuanto haga su felicidad y la gloria compatible con la soberanía nacional, que el Libertador se hará un grato deber de rogar a los representantes del pueblo en Congreso, para que Guayaquil sea, si es posible, la provincia más favorecida de Colombia.» Y el Secretario General del Libertador, al dar cuenta al Gobierno de Bogotá, el 8 de Agosto decía: «Esta espontánea universal decisión por nuestro Gobierno, manifestada franca y popularmente, aplaudida, victoreada y solemnizada por demostraciones de júbilo y de regocijo extraordinario a que se entregó este pueblo, es un vínculo de gratitud y aprecio de nuestro Gobierno hacia los habitantes de Guayaquil. Desde el 31, Guayaquil pertenece a Colombia, por su libre voluntad y elección; desde este día sus habitantes se creen libres y dichosos, bajo la protección de nuestras armas y de nuestras leyes. Así terminaron para siempre las opiniones que últimamente agitaron este país, y se ha fijado irrevocablemente su suerte.» — Bolívar declaró, el 4 de Agosto, que Guayaquil quedaba constituido en Departamento de Colombia y nombró Intendente al General Bartolomé Salom, Jefe caracterizado y apto para el gobierno de la nueva entidad política.

Una vez arreglado el asunto de agregación de Guayaquil a Colombia, Bolívar quiso completar su marcha triunfal según el plan trazado de antemano, y resolvió visitar las provincias australes para palpar con sus propios ojos las necesidades de Cuenca y Loja y conocer el territorio que estaba ya anexado a Colombia. Como buen gobernante buscaba siempre el bien social y público para sus gobernados, aun cuando sus deberes de Presidente y Director de la guerra le obligaban también a conseguir, por otro lado, recursos con que sostener al ejército que debía ir al Perú, y para pagar ciertas deudas

contraídas por al General Sucre en la campaña de Quito. El 14 de Agosto decía al General Santander lo siguiente:

«Para pagar las tropas auxiliares del Perú que vinieron a Quito y que estipularon el goce íntegro de sus pagos, conforme a la ordenanza de aquel Estado, ha empleado el General Sucre arbitrios y recursos extraordinarios. El pago de *La Guardia* y de los empleados civiles de Quito cuesta infinito. Guayaquil y Colombia habían contraído con una deuda considerable, que es necesario pagar, porque sería un origen perpetuo de desafección y uno de los temores que habían infundido a estos pueblos los enemigos de Colombia. Yo no sé como pueda cubrir este Departamento sus gastos necesarios y sus deudas, ni Quito los suyos. Guayaquil es tan caro como el Perú, y los empleados no pueden vivir sino con sus sueldos completos. Esto es un nuevo embarazo. Es preciso esperar del tiempo la mejora de unos países arruinados.»

Antes de salir de Guayaquil, el Libertador envió los primeros auxilios de tropas colombianas al Perú, según lo acordado con el General San Martín. Y esta noticia comunicó al General Santander el 30 de Julio de 1822: «Ya se embarcó el batallón *Yaguachi*, seguirá el de *Pichincha* compuesto del *Magdalena* y *Paya*, y he dado además el batallón de *Cuenca* por las bajas sufridas en la División del Perú. Esta División pasó ayer por aquí y fue a embarcarse a los buques de guerra del Perú que trajo el Almirante Blanco Cicerón. Este sujeto es excelente y muy amable, lo mismo me parece el General Salazar. El General La Mar es de un carácter muy noble y también se va porque él es Gran Mariscal del Perú, aunque es colombiano de corazón y por nacimiento.»

El 31 de Agosto se despidió el Libertador de Guayaquil por medio de una patriótica proclama, avisándoles que marchaba hacia los confines de la República llevándo las leyes de Colombia, y que guarda para los guayaquileños recuerdos gratos e imperecederos por su actuación patriótica. El 1^o de Setiembre se embarcó para seguir a Cuenca, por la vía de Naranjal, acompañado de su Secretario Coronel José Gabriel Pérez, del Jefe de Estado Mayor accidental, Coronel Juan José Flores, de sus Edecanes, Capellán y Cirujano.

* * *

El 11 de Abril de 1822, el benemérito pueblo de Cuenca, representado por los Cabildos Eclesiástico y Civil y sus más conspicuos ciudadanos, resolvió espontáneamente que se publicara y jurara la Constitución de Colombia, quedando por lo mismo incorporada la Provincia a aquella República, por medio de la siguiente acta: «Hallándose juntos y congregados en esta Sala, recibieron en ella al Señor General en Jefe Antonio José de Sucre, quien mandó se instruyesen del Decreto de 9 de Octubre de 1821 y Constitución de la República de Colombia, como en efecto, previa su lectura por

el Secretario, en altas e inteligibles voces, manifestó S. E. hallarse en el caso de pedir la voluntad del pueblo acerca de si convenia la publicación o suspensión de uno y otra, con respecto a las actuales circunstancias de la guerra, sin embargo de hallarse facultado para disponer lo conveniente sobre la materia. Y para que la deliberación que apetecía se practique con toda la amplitud que los ciudadanos y esta Excma. Corporación conceptuase necesaria, se retiró pidiendo que se le comunicase las resultas. Bajo de esta inteligencia procedieron a dar por votación sus pareceres; y principiando por uno de dichos ciudadanos hasta el total de los que fueron de igual parecer, como asimismo los de contrario dictamen, se mandó por el Señor Presidente de la Sala que dos escrutadores que en este acto fueron nombrados, el Señor Alcalde 2º. Bartolomé Serrano y Doctor José Peñafiel, reconocieron haber treinta y cuatro votos dirigidos a que se publique la citada Constitución y Decreto de 9 de Octubre de 1821; y nueve a que se suspenda interim se concluya la expedición y pacificación de la Capital de Quito.» — El General Sucre acogió con entusiasmo esta resolución, lo declaró Departamento de Colombia y nombró Gobernador Comandante General de la Provincia de Cuenca al Coronel don Tomás de Heres.

En cuanto se supo en Cuenca la capitulación de Pasto y la entrada de Bolívar en Quito, después que sus habitantes festejaron tan fausta nueva, el Cabildo acordó dar la enhorabuena al Libertador, y le dirigió el siguiente oficio fechado el 28 de Junio de 1822; «Excmo. Señor: — No es ya un grito mágico el de nuestra Independencia, es una verdad práctica: efectivamente se rompieron las cadenas coloniales, y sobre los escombros de la antigua dominación, se ve flameando el estandarte de la libertad, plantado por la mano de un nuevo y más grande Wáshington. Sólo a las virtudes cívicas de V. E. estaba reservada la obra maestra de nuestra Emancipación. Toda la República de Colombia respira un aire benéfico, y Quito añade la dulce satisfacción de gozar la presencia de su bienhechor. Cuenca ansía por esta dicha prometida, como el preludio de su mayor gloria; y entre tanto logra este placer, por medio de esta Municipalidad, tiene la honra de felicitar a V. E., con la expresión más viva de su cordial adhesión. Díguese V. E. recibir los votos más puros y reverentes que le tributamos de humildad y obediencia. — Dios guarde a V. E. muchos años.»

El 14 de Agosto de 1822, el ilustre Cabildo de Cuenca acordó lo siguiente para la recepción del Libertador: «Enviar a Naranjal 30 bestias de silla para la comitiva del ilustre visitante y diez de carga. Encargó al Alcalde Primero que hiciese refaccionar el camino de Sayausí y El Tejar, y que hiciese colocar un puente sobre el río de Gúlag. Convocó al Dean y Cabildo Eclesiástico, al Vicario Capitular, a las corporaciones y gremios, a los Comandantes de los cantones, a los alumnos escolares, y a todo el pueblo para que concurran a la recepción del Libertador, como también, para que al día siguiente de su llegada, por medio de respectivos delegados, feliciten

a S. E., con un discurso suscito y adecuado al caso.» «Se comisionó al Juez de Policía, Don Juan Dávila para que ordene que se levanten seis arcos triunfales: el primero en la esquina de San Sebastián; el segundo, tercero, cuarto y quinto en los cuatro ángulos o esquinas de la plaza mayor; y el último en la portada de la casa del alojamiento de S. E. Todos los arcos serán bien elevados de dos caras, con la inscripción: *A Simón Bolívar, Presidente de la República de Colombia*, y al revés: *El Pueblo de Cuenca*. Las calles y balcones se cubrirán de vistosas y decentes colgaduras; debiendo realizarse ante todo los blanqueamientos de las paredes de las casas y la pintura de algunos balcones.»

«Se dispuso la iluminación general de la ciudad; que los maestros mayores de música preparasen una orquesta digna de la gran festividad; y que los niños de las escuelas con sus respectivos maestros, hiciesen por todo el trayecto de la ciudad que debía recorrer la comitiva del Libertador con aclamaciones públicas con las expresiones de: *Viva Bolívar, el Iris de la Paz, el Rayo de la Guerra*. La célebre acta en que constan aquellos preparativos para festejar la llegada del Libertador, concluye así: «y últimamente el Señor Alcalde Primero hará una invitación a todas las señoras ciudadanas, a efecto de que reunidas respectivamente manifiesten todo el lleno de aprecio y júbilo público que se merece S. E.»

He dicho ya que el Libertador salió de Guayaquil el 1º de Setiembre con dirección a Cuenca por la vía de Naranjal, trayecto muy penoso, lleno de pantanos y de difícil acceso en la parte montañosa; pero nada de esto le arredró y con una constancia admirable y firme pasó aquellos peligros, soportó los climas templados y cálidos del Litoral y los fríos de la Cordillera; y el 7 del mismo mes, llegó al pueblo de Balzain. Al día siguiente, 8 de Setiembre, a las diez de la mañana entró en Cuenca.

«En este día demostró el pueblo de Cuenca un increíble júbilo, y dió al mundo un testimonio de la admiración que tiene a las conocidas virtudes del Libertador de Colombia. El recibimiento se hizo con la mayor pompa; si más hubieran sido las facultades del pueblo, más y mejor habría sido la complacencia en franquearlas. El Señor Gobernador, a la cabeza del ilustre Cabildo con todas las corporaciones reunidas y todos los demás hombres visibles, hicieron el acompañamiento; las calles estaban alegremente vestidas y adornadas; los arcos triunfales se sucedían con inmediatez de unos a otros y sus adornos brillaban; las flores de los balcones se mezclaban en el aire para caer después al Padre de Colombia; los vivas al Libertador, que profería el pueblo en grupo, resonaban, y el aire los llevaba a todas partes; el bello sexo manifestaba en sus rostros su placer; y hasta las campanas con su tañido anunciaban el regocijo a nombre de los templos. En la calle hizo un Inca jóven el panegírico más elocuente de las virtudes del Presidente. En la plaza principal se hallaba reunido el mayor número del pueblo, y en uno de los ángulos estaba un tablado ricamente vestido, con las dos me-

jores ninfas de Ouenca y con dos indígenas expresivos, la ninfa menor hizo un discurso de homenaje al creador de Colombia y puso en sus manos una palma, la mayor concluyó un elogio de ternura y entregó una guirnalda. Los dos indígenas hablaron en su idioma e hicieron un recuerdo del dolor de Atabualpa, y con el mayor entusiasmo público úno la fama del único Simón Bolívar.»

«S. E. lleno de reconocimiento, hizo una gallarda cortesía al pueblo y profirió con la elocuencia que acostumbraba, un rasgo de gratitud a los cuencanos, y con el mayor desprendimiento dijo que los primeros hombres de Colombia eran los indígenas. Es imposible transmitir al papel con exactitud la gravedad del acto. Seguidamente bajó Su Excelencia, y fué conducido bajo vara de palio y en medio de aclamaciones, a la Catedral, donde se cantó un *Te Deum*, y de allí al Palacio. Más no porque se aproximaba la hora del descanso, se tranquilizó el pueblo, y grupos enormes entorpecían la marcha de Su Excelencia. Una regular música hizo en el Palacio más agradable el reposo. — Los oficiales del batallón *Bogotá* con su Comandante cumplimentaron a Su Excelencia.»

«El banquete que se dió al Libertador lo ofreció, a nombre del Ayuntamiento, el Doctor Andrés Beltrán de los Ríos; y fue tan espléndido que las mujeres que lo confeccionaron, merecieron de aquella Corporación un voto de aplauso y el privilegio de que se las exceptuase como personas que se han distinguido sobre las otras, *de toda pensión de República*. Las ninfas que arengaron a Bolívar fueron, según la tradición: Rosa Salcedo, de una belleza tan incomparable, que su fama perdura hasta ahora en Ouenca; y la no menos bella Manuela Chica y Chacón; y las que prepararon el famoso banquete son Juana Andrade, Josefa Chacaray y Mariana Ochoa.»

Bolívar permaneció en la ciudad hasta el 16 de Setiembre, fecha en que pasó a residir en la hermosa quinta llamada *Chaguarchimbana*, situada junto al puente de Ingachaca sobre los ya unidos ríos de Tarqui y Yanuncay: desde el balcón de aquella casa se contempla un panorama bellísimo, que probablemente le encantaría al Libertador, que era poeta por naturaleza. Seguía enamorado del vasto territorio anexado a Colombia y tenía de sus habitantes los mejores conceptos; no cabía de alegría con la nueva adquisición, y siempre que tenía oportunidad, manifestaba aquellos sentimientos con sinceridad y franqueza. En carta fechada el 13 de Setiembre y dirigida al General Santander, dice: «Hace pocos días que llegué aquí, habiendo sido bien recibido y magníficamente obsequiado. La gente parece buena, aunque todos no dicen lo mismo; el país parece miserable, porque carece de todo, menos de granos que los hay en mucha abundancia, pero sin medios de transportarlos. Aquí el Clero es todo y los indios nada, porque son pobres y pocos, de suerte que se asegura que no hay donde hacer más reclutas después que dió la Provincia los que pudo a nuestro ejército.»

Y en carta del 26 de Setiembre, Bolívar decía al Señor Fernando Peñalver: «La libertad del Sur nos ha dado cuatro hermosas

provincias: la de Quito es grande, bella y poblada, y Guayaquil es incomparable y preferible a todas, aunque menos poblada; en lo sucesivo dará un millón de pesos anuales. Todo el país es abundante de víveres, muy patriota y muy colombiano. Los valles de Quito son pintorescos, pero están amenazados de horribles volcanes, y yo auguro que este país será inundado de fuego, y no le encuentro otro defecto. Yo pienso que el Sur será nuestra reserva en todos los casos de apuro; así, estoy procurando hacerle todo el bien imaginable, de modo que cada provincia en particular ha recibido beneficios señalados. En fin, mi amigo, me he propuesto mejorar cuanto esté en lo posible un país que tiene vecinos seductores y rivales, con el objeto de que nuestra buena conducta sea toda su defensa.»

En testimonio de amor y gratitud a sus Libertadores, el Cabildo de Cuenca, en sesión de 13 de Setiembre de 1822, considerando: «la necesidad de deberse dar un rasgo de gratitud y aprecio a los Héroes que sostienen el trono de la República, para que perpetuándose en lo futuro, sea feliz la memoria, especialmente, en este pueblo que posee la paz y regeneración política, al intento *acordaron*: Primero, que se levanten dos estatuas de mármol fino sobre columnas elevadas, la primera del Excelentísimo Libertador, y la segunda del digno General Antonio José de Sucre; comisionándose la construcción de estas obras, en los sitios públicos de la ciudad, a dirección del ciudadano Gaspar Sangurima, y costeándose sus gastos de los fondos propios de ella; Segundo, que conclusas las obras se solemnice con tres días de regocijos públicos, anunciándose a los cantones su reunión en esta capital: Tercero, que se dé parte con testimonio de este Acuerdo al expresado Excelentísimo Señor Libertador Presidente y al indicado Señor Intendente Antonio José de Sucre.»

Según un historiador cuencano, el 28 de Octubre de 1879, onomástico del Libertador, no su cumpleaños como anteriormente se creía, se inauguró en Cuenca el busto de Bolívar sobre el puente del mismo nombre, en el río Machángara, con asistencia del Obispo Remigio Estevez de Toral; por lo cual hubieron grandes festividades de regocijos públicos. Fue, pues, la ciudad de Cuenca, la primera en el Ecuador, que rindió este tributo de gratitud al Héroe, en cumplimiento de lo acordado por su Municipalidad en 1822.

El Libertador salió de Cuenca para Loja, última Provincia meridional de Colombia, el 4 de Octubre de 1822, — En Xima estuvo el 5; «El Señor Cura de este pueblo obsequió a S. E. del mejor modo posible y manifestó un regocijo que le hizo digno de aprecio.» — El 6 llegó a Nabón: «El Cabildo de este pueblo fue a recibir a S. E. a una legua fuera de la población, y el Señor Cura hizo cuanto estuvo a su alcance por complacer a S. E. y a las personas que lo acompañaban; se sirvieron una excelente comida y una merienda agradable.» — El 7 entró en Oña: «S. E. el Libertador fue recibido de un modo desagradable, porque este pueblo no manifestó el placer que los demás.» — El 8 estuvo en Saraguro: «Fue recibido S. E. en medio de aplausos y regocijos; el pueblo en grupo

manifestaba su placer y salió al encuentro de S. E. una legua fuera de la población; se sirvieron dos comidas regulares.» — El 9 descansó en las Juntas, en donde fue saludado a nombre de la ciudad de Loja por dos miembros de su Cabildo destinados para el efecto.

El 20 de Octubre, a la una y media de la tarde, entró Bolívar en Loja. «La llegada de S. E. el Libertador a esta ciudad fue para Loja un placer inexplicable. El ilustre Cabildo con el Señor Gobernador a la cabeza, las Comunidades reunidas y las personas visibles del pueblo salieron al encuentro de S. E. una legua antes de verse la ciudad, y lo acompañaron hasta su Palacio con alegría y aclamaciones. Le obsequiaron con una comida sencilla y fina, y un magnífico refresco.» — El 11 asistió al *Te Deum* que se cantó en la iglesia Catedral. El ilustre Cabildo con el Señor Gobernador a la cabeza y todas las Corporaciones reunidas cumplimentaron a S. E. el Libertador. — En la tarde del 12, la banda de músicos de la ciudad dió una agradable y excelente retreta. — En la mañana del 13, Bolívar acompañado de su Estado Mayor asistió a una misa solemne con *Te Deum*, que se celebró en acción de gracias por su feliz viaje; por la noche fue visitado por todas las señoras de la ciudad, y de la visita resultó una pequeña diversión de baile que duró hasta las doce de la noche. — El 14 «S. E. el Libertador, acompañado de su Estado Mayor fue a visitar el Convento de Monjas de la Concepción, que se halla en esta ciudad, y les ofreció la protección del Gobierno para la conservación de una familia que está entregada a la virtud austera y a una vida penitente.» — El Diario de Operaciones del Ejército dice, en la sección correspondiente al día 8: «Este pueblo tiene, en obsequio de S. E. el Libertador, una comedia ensayada, y no han podido representarla por las continuas lluvias que se experimentan diariamente.»

Permaneció en Loja doce días. El 21 de Octubre salió de esta ciudad y el 25 llegó nuevamente a Cuenca. El 30 partió de la capital azuaya y el mismo día por la tarde entró en Azogues, en donde fue recibido con admiración y regocijos públicos, por los vecinos de este lugar. De Azogues marchó con dirección a Quito, a donde llegó el 7 de Noviembre. Así terminó su marcha triunfal el Libertador, quedando completamente lleno de gozo y complacencia por las múltiples demostraciones de gratitud que le brindaron todos los habitantes del Sur de Colombia, hoy República del Ecuador.

* * *

En los primeros días de Noviembre de 1822, seducidos por el Coronel realista Benito Boves, de los capitulados en Quito, se sublevaron los habitantes de Pasto, concentrando un fuerte contingente de tropas rebeldes en Túquerres. El 8 del mismo mes, Bolívar designó al General Sucre para que comandara las operaciones sobre

Pasto; este General partió inmediatamente con tropas veteranas, y a su aproximación, Boves se replegó al paso del Guáitara. El Jefe patriota forzó el paso del río, pero ante la resistencia que le opusieron los realistas en las inexpugnables posiciones de Taindala, volvió a Túquerres a esperar nuevos refuerzos que Bolívar le enviaba. No obstante la organización defensiva que Boves estableció en el Guáitara y en las pendientes de Taindala, Sucre, con un falso ataque por el flanco, logró forzar la posición el 23 de Diciembre y persiguió al enemigo hasta Yacnanquer, donde lo destruyó completamente. Pero los rebeldes situados ya en Pasto opusieron tenaz resistencia, y sin embargo Sucre ocupó la ciudad a fuego y sangre. Boves logró salvarse y huyó por las montañas al Marañón.

El Libertador, que seguía con interés las operaciones militares de Sucre, salió de Quito el 8 de Diciembre y estableció su Cuartel General en Ibarra. Cuando conoció las ventajas obtenidas por el ejército patriota, avanzó rápidamente hacia Tulcán y el 3 de Enero de 1823 entró en Pasto. Dictó severas medidas para mantener inalterable la paz y castigar a los rebeldes. El 15 del propio mes, volvió a salir de Pasto y entró en Quito el 22. Después de ocuparse intensamente en una labor política y administrativa salió de Quito el 30 de Enero y desembarcó en Guayaquil el 7 de Febrero. En esta ciudad firmó el 18 de Marzo un convenio con el General Mariano Portocarrero, Comisionado de la Junta Gubernativa del Perú, para que Colombia auxiliara con tropas a la Independencia de esa Nación. En esta virtud, Bolívar despachó, con intervalos de fechas, varios batallones con dirección al Callao, y el Sur de Colombia quedó completamente desguarnecido.

Sabedores de aquellas novedades los realistas Estanislao Merchancano y Agustín Agnalongo, pensaron que sería muy fácil revolucionar el Sur y tomar la capital, y con este fin, se levantaron en armas reuniendo un regular ejército; atacaron en Pasto al Coronel Juan José Flores lo derrotaron, y avanzaron hasta la ciudad de Ibarra. El 12 de Junio, Bolívar, estando en Babahoyo, supo esta nueva sublevación, se movilizó en seguida y el 27 del mismo mes llegó a Quito con algunos centenares de milicianos, que los tomó en las poblaciones del tránsito. El 6 de Julio, abrió operaciones contra los rebeldes; se estacionó en Otavalo por algunos días y luego retrocedió al pueblo de Guailabamba, en donde disciplinó un tanto a los reclutas, hasta que el 16, marchó resueltamente desde Tabacundo al pueblo de San Pablo, y el 17 batió completamente a los rebeldes en Ibarra persiguiéndoles hasta la laguna de Yahuarcocha. El 18, destinó al General Salom como Jefe de la campaña e inmediatamente regresó a Quito y el 1.º de Agosto arribó a Guayaquil. Salom siguió a Pasto persiguiendo a los realistas y cansado de combatir, abandonó la empresa dejando el mando al Coronel Juan José Flores; pues, los rebeldes sostuvieron una guerra tenaz por tres años. Mientras tanto, Bolívar se embarcó el 7 de Agosto en el bergantín *Chimborazo*, con rumbo al Callao, a donde arribó el 1.º de Setiembre. Tomó

a su cargo la dirección de la guerra, hasta que, debidos a los triunfos obtenidos en los célebres campos de Junín y Ayacucho, dió completa independencia al Perú.

Debido a la permanencia del Ejército Libertador en el Sur, a la actuación militar de éste en el Perú y a la guerra que los habitantes de Pasto sostuvieron por algunos años, comenzaron en el Sur de Colombia grandes agitaciones patrióticas. Volvióse del Carchi al Macará y de Oriente a Poniente una maestranza general. Por dóquiera vióse confeccionar vestidos, trabajar zapatos, monturas y arneses, elaborar pólvora y municiones, refaccionar y limpiar armamento. Las contribuciones de guerra se decretaron unas tras otras y, por este concepto, ingresaron a las arcas fiscales ingentes cantidades de dinero. Acumuláronse víveres en abundancia, para ser enviados al Perú. Sucedíanse órdenes terminantes y perentorias para enviar reclutas y más reclutas, con el fin de reemplazar las bajas que sufrían los batallones colombianos y aumentar el pie de fuerza a mayor número.

Y el General Salom, Jefe Superior del Distrito del Sur, en el Interior, y el General Juan Paz del Castillo, Intendente de Guayaquil, en el Litoral, acuciosos y activos militares, no dejaron pasar ninguna orden del Libertador sin darla cumplimiento estricto. Allá van, Excmo. Señor, los hombres pedidos; remitimos tal o cual cantidad de dinero; despachamos tantos centenares de vestidos para la tropa; enviamos tantos miles de pares de zapatos; el barco que zarpa hoy lleva tantos quintales de pólvora y cuantos de municiones; hemos logrado hacer componer tantos centenares de rifles y se lo mandamos. Estas comunicaciones oficiales se repetían a menudo, con diferencia de cortos intervalos de fechas.

Siglos les pareció a los eminentes y beneméritos y resignados patriotas habitantes del Distrito del Sur de Colombia, hoy República del Ecuador, el lapso de tiempo transcurrido desde 1822 hasta 1825, debido a los esfuerzos supremos que hicieron para cumplir aquellas órdenes terminantes del Libertador. Caro y muy caro pagaron su libertad: sacrificios enormes hicieron después de la revolución del 10 de Agosto de 1809, en el que dieron los quiteños el primer grito de Independencia en América; repitiéronse aquellos con mayor abundamiento durante la campaña iniciada en 1821 y 1822 por el General Sucre, desde Guayaquil, que felizmente terminó en Pichincha. Y a pesar de haber quedado completamente libres, volvieron a hacer sacrificios enormes tanto para sostener el Ejército colombiano en el Perú, cuanto para afrontar a la guerra que sostenían los irreductibles habitantes de Pasto. No fue, pues, para gozar de reposo y de paz bienhechora, que brindó la libertad adquirida en Pichincha, sino para someterse a mayores tareas de trabajo y de contribuciones. Estos buenos habitantes soportaron, con heroísmo incomparable y ánimo tranquilo, aquellas famosas órdenes y sin desdén de ninguna clase y con generosidad que rayaba en lo sublime,

dieron cuanto se les pidió, hasta que se vió esquilmo su territorio y ya no tuvieron con que atender a las reiteradas peticiones.

Para comprobar lo expuesto, reproduzco a continuación dos proclamas lanzadas por el Intendente del Ecuador, en el momento de angustias por las que atravezaba el Erario del Distrito del Sur. Aquellos bandos contienen frases patrióticas que honran a los quiteños, y no podía ser de otro modo, porque el señor Valdivieso, al hacerlo así, tenía plena confianza de conseguir lo que aspiraba; pues sólo el patriotismo podía suministrar todo cuanto necesitaban. También, en uno de los bandos, se consignan palabras terminantes y perentorias al exigir la contribución de dinero impuesta por el General Salom, pues dice el Intendente: «Las órdenes del Jefe Superior serán cumplidas puntualmente, yo lo espero así de vuestro patriotismo y él me excusará el disgusto y dolor de proceder con el rigor que es indispensable en último caso.» Como estos documentos hay centenares de piezas oficiales que comprueban las diversas contribuciones que se imponían a los pueblos del Sur de Colombia, y asimismo hay muchísimos documentos que atestiguan todo lo enviado al Perú para el sostenimiento del Ejército.

«JOSE FELIX VALDIVIESO, MINISTRO DE LA CORTE SUPERIOR DE JUSTICIA, INTENDENTE INTERINO DE ESTE DEPARTAMENTO.—La mejor y más tierna de las madres, que sentía disolverse su corazón al impulso del dolor de mirar a sus hijos inocentes, envueltos en la ignominia y oprobio del crimen, reducidos al más duro cautiverio, no menos que a los horrores del hambre y la desnudez, cargados de pesadas cadenas, rodeados de infames atalayas y bayonetas, y sepultados en el centro de multiplicadas y estrechas verjas de hierro y de bronce: esta madre desolada que por extraordinarias disposiciones de la Providencia llega en fin a lograr el fruto de su desvelo en arrancarlos de tan espantosa mazmorra: esta madre tan dichosa al presente, como infeliz poco antes de ahora, que ya tiene en su regazo aquello cuya privación parecía dar la muerte a la inmortalidad de su alma, y que ya ve a sus hijos marchar expeditos y sin contradicción a posesionarse de sus derechos en el Templo del honor y de la gloria: este prodigioso esmero del amor más fino y más constante: esta madre, oh quiteños mis hermanos y compañeros, es hoy la interesante y verdadera imagen de la Patria. No es posible desconocerla pues nos habla al corazón. Sería justo que sordos e ingratos no escuchásemos su voz tan dulce y suave como su amor? Ella nos manifiesta por una parte el muy ventajoso estado de nuestros asuntos políticos; nos hace presentes por otra los inmensos sacrificios que la ha costado nuestro rescate y nos estimula imperiosamente, nos exhorta, nos ruega, nos manda no abandonar la grandiosa obra de nuestros trabajos al ver acercarse el momento de perfeccionarla y de afianzar para siempre el objeto de sus anhelos, nuestra Independencia y Libertad. Podremos oír con indiferencia estos clamores, y permitiremos que la tiranía al sumirse en el abismo de su aniquilación vuelva a intentar el ominoso ejercicio de su

imperio sobre Colombia? No compatriotas. Vaya lejos de nosotros sempiternamente aun la idea de tan negra infamia. Reanimad con noble orgullo vuestros esfuerzos en los últimos momentos de la gloriosa lucha que habéis sostenido y que ya va a poner el sello al engrandecimiento y soberana representación del Nuevo Mundo. Sabéis muy bien que los sagrados deberes del hombre respecto de la Patria no conocen límites, que la vida misma sobre sus Aras sacrosantas, es una víctima digna de su amor y de rigurosa obligación para nosotros. No reusemos nuestros sacrificios a tiempo de conseguir lo que ya empieza a enjugar las lágrimas que hemos vertido en tantos años. Ofrezcámoslos de buena voluntad pues ya son pequeños, y van a fijar la suerte feliz del suelo que nos dió el ser. Yo os he dicho que es muy ventajoso el estado de nuestros asuntos políticos: Ved aquí una prueba en la siguiente comunicación que ha recibido la Intendencia.—Aquí el oficio del señor Intendente del Istmo, fecha 20 de Mayo último, y las notas a que se refiere.—PUBLÍQUESE por Bando, circúlese y comuníquese a quienes corresponda. Dado en Quito, a 26 de Junio de 1824 - 14^o.—(f.) J. F. VALDIVIESO.—(f.) M. ESPINOSA, Secretario.—Doy fe: Como en este día se promulgó el auto anterior en la forma acostumbrada, y para que conste pongo por diligencia y firmo en Quito, a veinte y seis de Junio de mil ochocientos veinticuatro - 14^o.—(f.) FRANCISCO RIBADENEIRA, Escribano Público Interino.»

«JOSE FELIX VALDIVIESO, INTENDENTE DEL DEPARTAMENTO, ETC.
—Por un posta que acaba de llegar de Guayaquil ha recibido este Gobierno comunicaciones del señor General Jefe Superior en que avisa que el señor Vice - Almirante de la escuadra del Perú se halla con ésta, en la ría de ese puerto, y demanda con la más grande urgencia crecidos auxilios para el indispensable y pronto reparo de los buques de su mando que han padecido mucho en los encuentros que ha tenido con el enemigo. Dice además, que espera dentro de pocos días el convoy que conduce de Panamá cinco mil hombres de nuestras tropas, que deben conservarse por algún tiempo en Guayaquil. Las necesidades del Erario en tales circunstancias son del momento por una parte e incalculables por otra. Para ocurrir a ellas el señor General pide a este Departamento el pronto auxilio de cincuenta mil pesos; y al efecto de proporcionarlos, me ha investido de las mismas facultades extraordinarias que el Supremo Poder Ejecutivo delegó al Jefe Superior por decreto de 3 de Agosto del presente año. Me manda que en uso de ellas cierre los oídos a las excepciones que se presenten por parte de los que por cualquier respecto tengan que hacer consignaciones en el Erario, y que antes bien sean compelidos por cuantos medios estén al alcance para hacer efectivos los pagos dentro del perentorio término de ocho días; que en fin se tomen las últimas medidas que exige la necesidad, en ocasión de salvar la Patria del peligro que aun la amenaza. *Habitantes del Ecuador*: nada hay hecho en la guerra, mientras falta algo que hacer. En el curso de una campaña feliz, y muchas

veces al tocar al término de ella, se presenta un gasto inesperado, que si no se hace, se pierde de la ventaja adquirida, el dinero, el trabajo y los desvelos impendidos en tanto tiempo de constancia y sufrimiento. *Compatriotas*: recorremos con ardor el entusiasmo y la generosidad que os distinguieron en 809. La Patria, la dulce Patria nos pide un esfuerzo superior; es preciso hacerlo, o cubrirnos de la ignominia, del oprobio y de la degradación en que seríamos sumidos. *Quiteños*: las órdenes del Jefe Superior serán cumplidas puntualmente; yo lo espero así de vuestro patriotismo, y él me excusará el disgusto y dolor de proceder con el rigor que sería indispensable en el último caso.—Publíquese por bando, fijese y circúlese. Dado en Quito, a 12 de Noviembre de 1824 - 14^o.—(f.) J. F. VALDIVIESO.—(f.) M. ESPINOSA, Secretario.—Doy fe: Que en cumplimiento de lo mandado, publiqué el Bando anterior en los lugares acostumbrados, asociado del piquete de tropa armada. Lo pongo por diligencia para que conste. Quito, a doce de Noviembre de mil ochocientos veinticuatro, 14^o.—(f.) JUAN BAUTISTA CASTRI-LLÓN, Escribano Público Interino.»

* * *

Las contribuciones de toda clase que pesaron sobre los ecuatorianos, no fue obstáculo para disminuir su patriotismo y celebrar dignamente los clásicos aniversarios de la Patria, ni menos para dejar de tributar homenajes de gratitud al Libertador, cada vez que las circunstancias lo requerían. Durante el año de 1824, el Intendente del Ecuador expidió tres bandos ordenando festejos públicos: primero, en conmemoración de la batalla de Pichincha; segundo, celebrando el día onomástico de Bolívar, 28 de Octubre fiesta de San Simón, fecha que la creían como natalicio del Héroe, pues Bolívar nació el 24 de Julio de 1783; y tercero, solemnizando los días 25, 26 y 27 de Diciembre, en recuerdo de la emancipación absoluta, unión en una sola República, y las grandes victorias obtenidas por el eminente guerrero. Llamo la atención acerca de los calificativos que da el Intendente Valdivieso al Libertador: «Hijo de la Victoria, del Valor, del Patriotismo, del decidido amor a la Humanidad, y en fin de todo lo sublime, y de todas las virtudes reunidas en la persona de nuestro Presidente.»

En el año de 1825, el Intendente del Ecuador hizo circular cuatro bandos: El primero, dando a conocer el parte oficial del triunfo obtenido en Ayacucho «al vecindario de esta capital, que tanta parte ha tenido en este triunfo, para su más completa satisfacción» y «que no ha omitido sacrificio alguno en favor de su libertad disputada con el mayor heroísmo» desde 1809. El segundo, promulgando la Ley expedida por el Congreso de Colombia sobre honores al Libertador y a los demás ilustres defensores de la Patria

«que con su intrepidez, infatigable constancia y heroísmo terminaron gloriosamente la desastrosa campaña del Perú» a consecuencia de las memorables jornadas de Junín y Ayacucho. El tercero, ordenando hayan regocijos públicos en conmemoración de todos los triunfos conseguidos por las armas libertadoras, y mandando se hagan honras fúnebres en memoria de los valientes campeones que derramaron su sangre por la libertad americana. El cuarto, indicando los festejos que deben hacerse para celebrar la reelección de Presidente y Vicepresidente en las personas del Libertador Simón Bolívar y del General Francisco de Paula Santander, respectivamente, porque «el benemérito pueblo de Quito debe justamente celebrar tan dichoso acontecimiento con aquel ardiente júbilo digno de su heroísmo»; y a la vez, que se conmemore el aniversario del nacimiento de Bolívar, que «exige imperiosamente de este vecindario las demostraciones más ingenuas de un singular aplauso por haberlo destinado la Providencia para instrumento de nuestra regeneración política.»

En el año de 1826, encuentro que el Intendente del Ecuador dictó dos bandos: El uno, disponiendo los regocijos públicos para celebrar la ocupación de las fortalezas del Callao por el Ejército libertador, para lo cual incluye el parte oficial con el fin de «manifestar al benemérito pueblo de Quito cuáles han sido los dichosos resultados de los servicios con que ha contribuido a la gloria de las armas de Colombia y a la libertad del Perú.» Y el otro, ordenando se hagan varios festejos en conmemoración de las batallas en Pichincha, Junín y Ayacucho, pues «que estos recuerdos exigen justamente se solemnicen con toda la magnificencia, decoro y aparato posibles» porque «a los innumerables sacrificios del benemérito pueblo de Quito se debió en mucha parte la total destrucción del feroz enemigo de la Independencia en los campos de Junín y Ayacucho en el Perú.»

A continuación reproduzco los bandos oficiales que he mencionado; advierto, que aquellos no deben ser los únicos que el Intendente del Ecuador expidió acerca de la conmemoración de fechas clásicas, sino que, seguramente, habrán algunos más, pero que no han llegado a mi conocimiento.

Estos documentos reposan en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y se los publica por primera vez:

«JOSE FELIX VALDIVIESO, MINISTRO DE LA CORTE SUPERIOR DE JUSTICIA INTENDENTE INTERINO DE ESTE DEPARTAMENTO.— Siendo tan justo que en la celebridad del aniversario de nuestra Independencia política, se manifieste públicamente el regocijo de los habitantes de esta Capital, en memoria del gran suceso que rompiendo el yugo del despotismo que nos tiranizaba, os ha restituido al goce de nuestra libertad natural, he venido en ordenar y ordeno:—1°. En la noche de este día, y del de mañana habrá iluminación de balcones y tiendas, y repique general de campanas.—2°. El gremio de músicos concurrirá en ambas noches a la galería de Cabildo para

tocar sus instrumentos ante los retratos de S. E. el Libertador Presidente de la República, y del Benemérito Señor General Antonio José de Sucre, que con el correspondiente decoro se expondrán al público por la Municipalidad. — Publíquese por bando y fíjese en los lugares acostumbrados. Dado en Quito, a 26 de Mayo de 1824-14°. — (f.) J. F. VALDIVIESO. — (f.) M. ESPINOSA, Secretario de la Intendencia. — Doy fe: Que en cumplimiento de lo mandado por el superior auto que precede, lo hice publicar en forma de bando, por las calles acostumbradas de la ciudad, escoltado de la tropa respectiva, y tren de música. Lo que pongo por diligencia para que conste. Quito a veintiséis de Mayo de mil ochocientos veinticuatro, décimo cuarto. — (f.) MANUEL LIZARDO SUASNAVAS, Escribano Público Interino.»

«JOSE FELIX VALDIVIESO, MINISTRO DE LA CORTE SUPERIOR DE JUSTICIA, INTENDENTE INTERINO DEL DEPARTAMENTO DEL ECUADOR etc. — Considerando que los dignos hijos de Colombia se complacen cuanto es justo en manifestar los mejores sentimientos de gratitud, respeto y amor hacia S. E. el Libertador Presidente de la República; que ningún pueblo excede al del Ecuador en interés y en entusiasmo por todo aquello que concierne a la gloria del Ilustre Creador de nuestra dicha en la regeneración política del suelo de los incas; que no hay día más aparente para una solemne manifestación de los mismos sentimientos, que el 28 de Octubre en que traemos a la memoria de un modo particular la grandiosa obra de la Providencia en dar al mundo, y colocar entre nosotros al Héroe de los héroes, al Padre de la Patria, al incomparable Simón Bolívar; tiene hoy esta Intendencia el placer de cumplir el más grato de sus deberes invitando al Pueblo de Quito a consagrarse el día de mañana y el que sigue a todo el júbilo y el regocijo de que debe animarse al celebrar el nacimiento del Hijo de la Victoria, del Valor, del Patriotismo, del decidido amor a la humanidad, y en fin de todo lo sublime, y de todas las virtudes reunidas en la persona de nuestro Presidente. — Habrá en la noche de este día y en la de mañana iluminación general y repiques de campanas: se celebrará mañana una misa solemne con *Te Deum*, a la que asistirán todas las corporaciones: se tendrán corridas de toros en ambos días, y toda especie de diversión que sea permitida y corresponda al decoro y dignidad de los ciudadanos de Colombia. — Publíquese por bando. Quito a 27 de Octubre de 1824-14°. — (f.) J. F. VALDIVIESO. — (f.) M. ESPINOSA, Secretario. — Doy fe: Que en cumplimiento de lo prevenido por el auto que precede, lo publiqué por mí mismo por las calles acostumbradas de la ciudad acompañado de la escolta de tropa necesaria. Lo que pongo por diligencia para que conste. Quito veintisiete de Octubre de mil ochocientos veinticuatro-décimo cuarto. — (f.) JOSÉ MONTAÑERO, Escribano Público Interino de Colombia.»

«JOSE FELIX VALDIVIESO, MINISTRO DE LA CORTE SUPERIOR DE JUSTICIA, INTENDENTE DE ESTE DEPARTAMENTO etc. — Hallándose dispuesto por el Artículo 19 de la Ley Fundamental de la República

que los días 25, 26 y 27 de Diciembre se solemnice perpetuamente una fiesta nacional en memoria de los tres recomendables objetos que se proponen, a saber: Emancipación e Independencia absoluta de los Pueblos de Colombia; su unión en una sola República, y establecimiento de la Constitución; los grandes triunfos e inmortales victorias con que se han conquistado y asegurado estos bienes: Y considerando que nada es más propio en un Pueblo patriota y verdaderamente libre que el hacer las demostraciones más sinceras del incomparable gozo que reina en el corazón de cada ciudadano con el recuerdo de estos inmensos bienes, he decretado. Que en esta noche y las tres siguientes haya iluminación general de balcones y tiendas, repiques de campanas generales, concurriendo todo el gremio de músicos a la galería de la Casa Municipal a tocar sus respectivos instrumentos apercebidos que el que dejare de asistir será castigado con cuatro pesos de multa. Las corporaciones y empleados asistirán con la debida formalidad a las funciones que se celebrarán en la Iglesia Catedral a fin de que se solemnice del modo mejor la acción de gracias que tan justamente debe tributarse al Ser Supremo. Ultimamente en los expresados tres días todo vecino podrá divertirse como le pareciere sin faltar a la decencia y decoro propios del benemérito Pueblo Quiteño. — Publíquese por bando y fijese. Dado en Quito a 24 de Diciembre de 1824-14^o. — (f.) J. F. VALDIVIESO. — Por mandado de S. S. (f.) JUAN ANTONIO RIBADENEIRA, Escribano de la República Mayor de Gobierno. — Doy fe: como en cumplimiento de lo mandado publiqué el bando precedente por voz de Clemente Cárdenas en las esquinas acostumbradas, asociado del piquete de tropa armada. Lo pongo por diligencia para que conste. Quito a veinticuatro de Diciembre de mil ochocientos veinticuatro-14^o. — (f.) JUAN BAUTISTA CASTRILLÓN, Escribano Público Interino.»

«LAS AUTORIDADES CIVIL Y MILITAR DEL DEPARTAMENTO que acaban de recibir oficialmente el Parte que el Benemérito Señor General Antonio José de Sucre comunicó a S. E. el Libertador Presidente y el detalle de la acción gloriosa de Ayacucho, lo trasmiten con el mayor placer al vecindario de esta Capital, que tanta parte ha tenido en este triunfo, para su más completa satisfacción, cuyo tenor es el siguiente: — Aquí el Parte, el detalle y el oficio del Señor General Jefe Superior. — El Gobierno se congratula con la felicidad general de la República, y especialmente con la de este patriota Departamento, que no ha omitido sacrificio alguno en favor de su libertad disputada con el mayor heroísmo desde el año pasado de ochocientos nueve. — Publíquese, fijese y circúlese como corresponde para inteligencia y regocijo de todos. — Dado en la benemérita Ciudad de Quito a 10 de Enero de 1825-15^o. — (f.) J. F. VALDIVIESO. — (f.) A. PALLARES. — (f.) MANUEL M^a. DE SALAZAR, Encargado de la Secretaría de la Intendencia. — (f.) J. ANTONIO TERÁN, Secretario. — Doy fe: Que en cumplimiento de lo mandado por el auto que antecede, publiqué por mí mismo en las calles públicas acostum-